SAMUEL GLUSBERG

LA LEVITA GRIS

CUENTOS JUDÍOS DE AMBIENTE PORTEÑO

VIÑETAS DE HÖHMANN

EDITORIAL BABEL
BIBLIOTECA ARGENTINA de BUENAS EDICIONES LITERARIAS
BUENOS AIRES MCMXXIV

LA LEVITA GRIS

ES PROPIEDAD
Copyright by Babel 1924

SAMUEL GLUSBERG

LA LEVITA GRIS

CUENTOS JUDÍOS DE AMBIENTE PORTEÑO

VIÑETAS DE HOHMANN

EDITORIAL BABEL
BIBLIOTECA ARGENTINA de BUENAS EDICIONES LITERARIAS
BUENOS AIRES MCMXXIV

A
HORACIO QUIROGA
— MAESTRO Y AMIGO
INCOMPARABLE — DEDICO
ESTE LIBRO DE ADOLESCENCIA.

LA LEVITA GRIS

LA LEVITA GRIS

—Déjalas correr, Mowgli.
No son más que lágrimas...
Ahora sí que eres un hombre!
RUDYARD KIPLING.

AÑO y medio después de la muerte de mi padre, empezaron a olvidarlo en casa. Vencidas las primeras dificultades domésticas, todos tranquilizáronse un poco, y sólo mi madre evocaba su memoria cuando nos reprendía o cuando algo de afuera: una carta llegada todavía a su nombre, la visita de algún amigo que se jactaba de haber sido íntimo, o cualquier otra causa extraña provocaba su recuerdo.

Entonces mi madre decía, según su costumbre:

—Era un corazón de oro. ¡Pobre Benny!

Y le saltaban las lágrimas.

A mí, en cambio, todas las cosas del hogar me lo evocaban, y a pesar de mis esfuerzos, no dejaba de verlo en cada una de ellas. Como seguimos habitando la misma casa, cualquier lugar bastaba para establecer una relación con él: Por este mismo patio solía pasearse: en ese mismo jardín sentábase a leer: junto a este árbol me besó un día; en esta cama lo ví una vez tan enfermo que por mi pensamiento pasó, como una nube, la idea de que pronto no lo vería más... Su pieza, su cama, su escritorio, su sillón, seguían siendo para mí, la pieza, la cama, el escritorio, el sillón de papá. Muchas veces, en sueños, me despertaba sobresaltado, porque me parecía verlo entrar en mi cuarto, los hombros bajos, la boca fruncida, en aquel rictus doliente a que lo obligaba la respiración nasal impuesta por su enfermedad.

Algunas tardes, de regreso a casa, ya en la acera, me lo imaginaba sentado en el jardín mirando pasar a sus pies un enjambre de hormigas, con esa su leve sonrisa que todavía me es tan familiar.

Bien que yo trataba de ocultarlo, su recuerdo llegó a ser para mí como una sombra. Más que sus palabras, me seguía su voz, como si surgiera de mí mismo... Cuando más me apartaba y me quedaba más solo, oía con mayor nitidez su tono y veía sus gestos, sus maneras.

Recuerdo que para contrarrestar esa obsesión, simulaba yo un estado de ánimo infantil, jugando largo rato con mis hermanitos, como si tuviéramos la misma edad. Disputaba con ellos, les ganaba y perdía bolitas, gritaba, reía, hasta dar tal vez la sensación de que no tenía otras preocupaciones que las felices de un niño.

Siempre mis algazaras acababan por sublevar a los de casa y motivar, en voz alta, los reproches de mi madre:

—¡Cuándo dejarás de ser un niño! Olvidas que eres todo un hombre, el mayor de la casa. Tu padre a los diecisiete años, sostenía ya a su familia. ¡No sé a qué diablos te pareces!

Sus palabras me magullaban el corazón. Nadie más que yo sabía cuán injustas eran. Pero no le respondía. En silencio me iba a mi cuarto—que era el mismo que en vida ocupara mi padre — cerraba las puertas y me soltaba a llorar frente a su retrato: una postal amplificada que tenía siempre sobre mi mesa.

Era una fotografía de cuerpo entero que lo representaba en sus primeros años de casado, con una levita gris de corte antiguo, muy singular.

* * *

Las amonestaciones de mi pobre madre se repetían con harta frecuencia, casi todos los días, pues buenos motivos le daba yo para ello:

Desde la muerte de papá no había vuelto al colegio. Abandonado que hube el quinto año, no quería repetirlo porque la Universidad me interesaba escasamente y menos aún el título de doctor. Tampoco conseguía emplearme.

Me levantaba, eso sí, muy temprano con el pretexto de ir a buscar trabajo; pero al no hallarlo en los primeros días, me formé el hábito de vagar, y ya las más de las veces ni siquiera me acordaba del verdadero objeto que me sacaba a la calle. Sentado en el tranvía o en una plaza, olvidado de todo, leía mi libro y me sentía ya el héroe de una novela de Turguéniev, o el obscuro personaje de una tragedia de Dickens.

A mediodía, almorzaba con cualquiera de mis parientes, y sólo al anochecer, volvía a casa, a pie, literalmente rendido.

En aquellas noches, a la hora de la cena, surgía la discordia como una fatalidad. Mi hermana mayor empezaba echándome en cara mi vagabundaje.

—El atorrante—decía aludiendo a mí—tiene hoy una cara de borracho.

Yo no le hacía caso, y mi madre, exasperada por mi altivez, pedíame cuentas:

—¿Dónde has estado todo el día, zángano? ¿Ya has deshecho los botines? ¡Pronto te quedarás sin poder salir!

Yo me esforzaba en seguir callando. Pero mi hermanito menor, cadete en una oficina, me miraba de soslayo, con lástima. Mi hermana, creyendo que no lo advertía, remachaba:

—Te tiene lástima. No te da vergüenza?

Entonces, fuera de mí, no resistía más y soltaba alguna barbaridad:

—Qué me importa de todos ustedes? U otra semejante.

Y era la primera gota. Todos llovían epítetos de tormenta, y mi madre reeditaba por milésima vez su repertorio de reproches que ya me sabía de memoria.

—A qué diablos te pareces, insolente, ingrato. No tienes corazón. Si viviera tu padre no te atreverías a hablar así. Nada de él has heredado, zángano. Ni callar sabes.

Y mi hermana con ese candor, tan propio de las maestras de escuela, me preguntaba en serio:

—No sientes vergüenza de ti mismo?

Luego concluía aconsejándome que tomara ejemplo de mi hermanito, tan respetuoso y trabajador.

Yo dejaba llover un rato y cuando ya me sentía completamente empapado, abandonaba la mesa y salía del comedor golpeando la puerta con violencia.

La lluvia seguía con estrépito y pasaba. Entonces hacíanme llamar con un chico.

Claro, por dignidad, yo me negaba; y el mismo chico acababa por traerme la cena a mi cuarto.

—Dice mamá que comas.

Ya sin apetito, apenas probaba de los platos y los devolvía. Luego echaba llave a la puerta y me ponía a leer.

Con la cabeza entre las manos leía con fruición y me embriagaba, como por invisible filtro, con páginas y páginas que, a la luz de la lámpara, gustaba con lentitud.

Poco a poco, me iba internando en otro país, con otra clase de gente y otras costumbres. Intimaba con todos y me sentía compenetrado de sus inquietudes que hacíanme olvidar mi propio dolor, para sufrir el suyo hasta las lágrimas.

Solía dormirme sin apagar la luz, los brazos sobre el libro abierto en la mesa, y la cabeza sobre los brazos.

* * *

A la mañana siguiente, es claro, sostenía con mi madre y mis hermanos una bíblica discusión sobre la luz, y además de los reproches de siempre, escuchaba maldiciones milenarias...

Pero esto no vale la pena. Cosas peores me sucedieron para Carnaval, cuando se inició la inscripción en los colegios.

A toda costa mamá quería que hiciera el quinto año para recibirme de bachiller. Yo no me dejaba seducir y prometía rendirlo libre, pues soñaba un empleo de repórter en una revista que debía aparecer después de Carnaval. Tenía yo entonces, de sobra, como todo muchacho, grandes proyectos literarios. Había publicado versos en los semanarios populares, y esperaba con ansia, la gloria que debía desagraviarme de tanto insulto doméstico...

Y llegó el Carnaval. En la avenida que hace esquina con la calle de casa había corso, y por lo tanto no me atrevía a salir, pues era inevitable el chubasco.

Me puse a escribir a propósito del Carnaval. Pero no obstante mi teoría contra tamaña farsa, debo confesar que la fomentaba en la práctica, disfrazando a mis propios hermanitos y enviándolos a meter ruido en la calle.

Claro que esto fué motivo suficiente para provocar a mi madre que, como me tenía a mano todo el día, no me escatimó su estribillo:

—A quién diablo te pareces...

Mi hermana mayor, también en casa, la ayudó. Y por la noche, entre las dos, convinieron en que me había vuelto loco.

De otro modo, se preguntaba mi madre, ¿cómo puede ocurrírsele esto a un hombre?...

—Lo que debieras hacer tú—concluyó por aconsejarle, como siempre, mi hermana—es echar a ese zángano de casa, y no admitirlo hasta que le venga el juicio y se haga un hombre de bien, serio, formal, como ha sido papá.

Yo, después de cada sacudón de estos, me quedaba más grave que un pupilo en penitencia; y protestando, o en silencio, me iba a mi cuarto—que creo haber dicho ya que era el de mi padre—y me ponía a leer o a llorar recordándolo.

Pero al día siguiente—estoy seguro de haber sido siempre el culpable—daba otra vez motivo para que se repitiera la escena.

Cierto es que los chicos me vinieron a buscar; pero no es menos verdad que yo me entretuve en disfrazarlos de payasos, y que hasta, paternalmente, los conduje por la tarde a un corso infantil en Palermo.

Aquello no tenía de infantil más que el nombre; casi todas las máscaras habían dejado de ser niños hacía tiempo: gente grosera que atropellaba a los chicos y profería sandeces que todos celebraban, sólo porque venían de quienes llevaban antifaz. ¿Pero qué otra cosa es el Carnaval? Me volví a casa furioso, con gran descontento de los pequeños, a quienes, para que no lloraran, tuve que hacer promesa de llevarlos por la noche al corso de casa.

* * *

Sin embargo, llegada la hora del corso, no me decidía. A grandes pasos me paseaba por la pieza pensando:

¿Qué diablos iba yo a hacer en el corso que repudiaba?

Pero, a pesar de todo, los chicos, a ruegos y protestas, vencieron mis escrúpulos, y me resolví.

—Bueno, vamos—les dije.

Ellos celebraron mi resolución batiendo palmas.

Apagué la luz de mi cuarto, cerré la puerta, tomé a los pequeños de las manos y...

En ese momento recordé que llevaba el pantalón roto justamente donde no lo veía...

Qué hacer?

Dios manda la enfermedad y el remedio a un mismo tiempo, solía decir mi padre, aludiendo irónicamente a la muerte. Con el recuerdo de mi pobre padre, ocurrióseme también el remedio.

Hice esperar a los chicos y me volví a la pieza como si fuera por alguna cosa olvidada.

Abrí el guardarropa donde colgaban todavía sus trajes y descolgué su levita gris de corte antiguo, aquella misma levita que, según el retrato, a él le quedaba tan bien en sus años de esposo joven. Me la puse sin mirarme siquiera al espejo; me encasqueté una galera plomiza, también suya, y salí abrochándome los cuatro botones con alguna dificultad.

Los chicos, al verme así transformado, no se sorprendieron mucho ni poco; se echaron a reir y por todo comentario, dijeron que me faltaba el bigote. Sin pensarlo, corrí a la cocina y me tizné uno mongólico... Los chicos quedaron contentísimos.

—Vamos, vamos a mostrarle a mamá.

Yo me opuse; pero ellos me arrastraron hasta la sala. Abrieron con un puntapié la puerta y entramos. Mejor no lo hubiéramos hecho. Porque no bien estuve yo adentro un grito agudo nos hizo estremecer:

—Benny! Benny! Ay, Dios mío!

Y mi madre cayó en su sillón, desmayada.

Yo me quedé inmóvil como una estatua. Mis hermanos corrieron en su auxilio.

—Agua, agua,—gritaban todos.

Y los chicos, amedrantados, rompieron a llorar.

Al rato, mi hermana entró con un vaso de agua, llevándome por delante. Yo seguí estupefacto, sin atinar qué hacer.

De pronto, alguien se me acercó. Era una antigua criada que casi me había visto nacer.

—Buena la has hecho, pillo—me dijo. Luego, más imperativa:

—Quítese esa galera.

Y antes que yo pudiera responderle, me hizo caer la galera que rodó por el suelo hasta parar bajo la mesa.

En seguida empezó a desprenderme la levita. Yo no oponía resistencia. Estaba como idiotizado. Peor! Las ideas más incoherentes acudieron a mi cerebro. Pero ni por un momento ocurrióseme que la causa de lo que acaecía era otra que mi disfraz.

Por fin mi madre, a los cuidados de mi hermana, volvió en sí.

—Mi hijo, mi hijo querido! — suspiró tendiéndome los brazos.

Como si despertara de un sueño más amargo que el de la realidad, caí en los brazos de mi madre:

—Mamita!

Y aquella noche todos lloramos juntos como el día que murió papá.

UNA PATADA

UNA PATADA

JUSTAMENTE dos semanas después que David Rubin recibiera el diploma de doctor en medicina, su compañero de infancia, Enrique Kitzler, publicaba un poema en *La Nación*.

Ambos mozos eran jóvenes, y si bien nunca habían andado juntos como tales, estaban, sin embargo, unidos por recuerdos comunes de una época no muy lejana todavía. Los dos eran judíos y se malquerían con el humor y la sinceridad con que saben hacerlo los hijos de Israel.

Así, cuando los amigos más recientes de Rubin organizáronle un banquete, Enrique Kitzler, no obstante ser de los que firmaban la invitación, no fué, ni envió siquiera al obsequiado unas malas líneas de excusa.

El flamante doctor, que, además de las congratulaciones de sus amigos, había recibido las de buena parte de la colectividad—sobre todo de muchos papás con hijas casaderas—sintióse ofendido.

—Este Kitzler—pensó—es un mal amigo y hasta un poco envidioso... Porque, de ser lo contrario, ¿cómo es que no ha venido a felicitarme todavía, ni me mandó al banquete una tarjeta de disculpa?

Y decía:

—Es un orgulloso; cree que, porque hace versos, el mundo es suyo... ¡Allá él con su literatura! El diablo lo entienda...

Pero cuando el domingo 7 de diciembre, vió el nombre de Enrique Kitzler sobre una poesía a dos columnas en la página literaria de *La Nación,* tuvo grandes deseos de visitar al autor. Y aunque no se impuso el trabajo de leerlo, sintió sin embargo, viva admiración por la gloria que el poema podía reportar a su viejo amigo de infancia.

Pero, cómo compartirla?

Tres días se pasó Rubin cavilando si debía visitar a Kitzler o esperar su visita.

Al fin, cansado de rumiar la misma preocupación, consultó con su familia.

El padre, un viejito casuísta, fabricante de gorras (de cabezas para los cristianos, como él decía) le dió este consejo:

—Anda a verlo y felicítalo delante de toda su familia. Será una linda patada esa felicitación.

Y Rubin, después de recorrer varios cafés para darse con el literato de marras por casualidad, al no hallarlo, se fué a la casa.

Ya en la puerta, hízose anunciar con la primera de sus inmaculadas tarjetas:

Dr. David Rubin

MÉDICO CIRUJANO

Luego, agitando nerviosamente su varita de ñandubay, esperó que Enrique saliera a abrazarlo. Pero en lugar del poeta, apareció la madre, quien, muy atenta, con esa encantadora solicitud de las viejitas judías, hizo entrar al médico en la sala.

—Tantísimo gusto, señor doctor.

Y después de servirle te en vaso, a la manera rusa, colmó a Rubin de elogios, muy asombrada al enterarse que su hijo no había ido a felicitarlo por su *diploma de doctor.*

La amable señora, que de buena gana habría cambiado en ese momento por el doctor Rubin a su propio hijo—poeta y novio, según las malas lenguas, de todas las muchachas cristianas y judías del barrio—no acertaba a disculparlo. Entre suspiro y suspiro, decía:

—No le haga caso, doctor. Es un distraído. A veces hasta se olvida de su propio nombre.

Y giró la conversación — como siempre que una vieja judía encuentra a un judío joven— sobre parentescos de tierra y de mar; abolengos talmúdicos y glorias familiares... hasta que el médico se despidió:

—Adiós, señora. No olvide decirle a Enrique que estuve a felicitarlo por sus versos de *La Nación.*

—Oh, pierda cuidado, señor doctor. Muchas gracias. Y junto a la puerta, la buena mujer volvió a repetir a Rubin sus felicitaciones y augurios.

—Mucho éxito, señor doctor. Hasta pronto. Dios le ayude a conseguir todo lo que se propone. Adiós.

* * *

Ahora bien: es necesario estar al tanto de las crueles trabas impuestas en Rusia y Polonia por los secuaces zaristas, para impedir a los jóvenes judíos llegar a las profesiones liberales; y conocer los sacrificios heroicos de aquellos estudiantes de toda la vida, para explicarse el valor que una madre judía concede a un diploma de Universidad.

Por eso cuando, ya de noche, regresó Enrique, la buena señora lo sermoneó de lo lindo bajo una graduación que contrastaba con el carácter violento e impulsivo de Kitzler.

—¿Sabes—le dijo—quién estuvo hoy aquí? El nuevo doctor.

—Rubin?

—Sí; el doctor Rubin.

—Y qué quería el doctor? Que le regale un bastón? O ya lo tiene?

—Enrique, qué te pasa? El doctor vino a felicitarte por unos versos. Tú cometiste la grosería de no ir a verlo cuando se recibió de médico, y él aprovechó para darte una lección...

—Ah, sí? Me vino a dar una lección el imbécil? Lástima no haberlo encontrado para decirle que estoy hasta aquí de doctores y de farolerías!...

—Pero, Enrique. El doctor ha hecho muy bien. ¿Te duele que te haya dado una patada? ¡La culpa es tuya!

—Bueno, mamá.. Acabemos.

Pero, todos los días, la anciana recordaba a su hijo lo de la patada y lo del dolor. Tantas veces, que una mañana Enrique se fué furioso a casa de Rubin.

Ya en la pieza de éste, le soltó a quema ropa una larga serie de improperios:

—Cómo te va, doctor? ¿Conseguiste ya que algún importador de aceite de ricino, con hijas, te pusiera consultorio?; ¿o todavía andas dando patadas?... Parece que el título te autorizara a seguir pensando con los pies. Dámelo que te haré una lindas plantillas para que no te los resfríes...

Qué le has mandado poner marco? ¡Lindo animal universitario!...

Y algunas cosas más que no se pueden imprimir.

Ante tal lluvia y semejante viento, Rubin no acertaba a salir de su asombro. La presencia de Kitzler tan intempestiva, y sus insultos tan inesperados, parecieron impresionarlo como un caso de medicina mental. No atinó a dirigirle más que esta socorrida pregunta:—Te has vuelto loco?

El literato acabó de desatarse:

—Sí, loco, loco... y vengo a felicitarte por la fina patada que me diste. ¡Tan cuerdo, el doctor! No lo enloquece la dignidad, no. Imbécil! Venirse a la casa de uno a darle de patadas... ¡Todo porque uno no concurre a banquetes, no hace farolerías y ha dejado de creer hace tiempo en la gloria de la Universidad!...

—Pero estás hecho un perseguido—le gritó el médico al fin.

—Sí; perseguido por toda la caterva de idiotas como tú. Imbécil patentado!

—Imbécil, imbécil porque he provocado tu envidia, no?—se atrevió Rubin.

—Envidia, claro, envidia de tí que has llegado a ser médico a los 24 años. Qué otra podía tener? ¿De Dickens, que a esa edad escribió su *Mr. Pickwick?*...

Y dando un violento portazo, el literato salió no sin antes saludar en la puerta de calle al viejo casuísta que, ajeno a todo, le sonrió pletórico de esa admiración que los buenos judíos sienten por el hombre que escribe versos.

Al cruzar la calzada, Kitzler tenía la expresión de un cómico entre bambalinas, después de haber tomado en serio una truculenta escena final.

Ya en la otra acera, ante la primera muchacha bonita, se tranquilizó.

* * *

Y aquí habría terminado el cuento, de no presentarse esa misma tarde, en casa de Kitzler, dos jóvenes amigos del doctor Rubin. Venían en calidad de padrinos a exigirle "explicaciones por las ofensas inferidas a su representado o una reparación por las armas."

Tratábase de dos muchachos, evidentemente judíos, que Kitzler no desconocía. Uno, alto y flaco, con aspecto de vendedor de colchas, era estudiante de derecho, y el otro, pelirrojo y bajo, de medicina.

El aspirante a jurista, expuso a Kitzler qué los traía. Usaba los mismos lugares comunes de cualquier padrino criollo en tal circunstancia; pero con una doble *r* cómica, que siempre resultaba una *g* alemana.

Decía a Kitzler:

—Usted nombgagá sus padguinos y nosotgos nos entendeguemos, señog. Haguemos publicar el acta y todo.

Al literato, en un principio, la cosa le hizo gracia y se entretuvo en provocar la facundia del jurista para divertirse. Mas, a la segunda o tercera tirada, acabó por sublevarse; y sin decir palabra, abrió la puerta para que se fueran.

Muy extrañados de su actitud, los padrinos le hicieron notar que eran caballeros y que venían a hablarlo como caballero, a fin de que todo se arreglara...

Pero Kitzler, ya desatado, les replicó que si se daban por ofendidos, podían mandarle los padrinos, ya que estaban acostumbrados a gastar tantos lances en Galitzia...

El pelirrojo estudiante de medicina, que no había hablado hasta entonces, adelantó el belfo, miró de reojo al literato y le gritó:

—Antisemita! Antisemita! No le da vergüenza!

Esto, naturalmente, acabó de enfurecer a Kitzler, que, según su costumbre, sin decir agua va, soltó su indignación y arremetió a insultos:

—Polacos sucios! ¡Quiénes hablan de judaísmo! Es muy lindo batirse! Vayan, mejor, a buscar a unos cambalacheros que les compren desde ya, los títulos para las hijas. Canallitas!

Y echándolos, cerró la puerta tras ellos.

Claro que después de esta escena, no pasó nada. A los decididos padrinos del doctor Rubin, no se les ocurrió enviarle, a su vez, nuevos representantes a Kitzler. Pero, tres semanas más tarde, sucedía una novedad digna de no quedar en el tintero.

El médico y el poeta encontráronse en una *kermesse* israelita y se cruzaron sin saludarse. La cosa debió inquietarlos, porque, a los pocos pasos, Rubin giró sobre sus talones y se dirigió a Kitzler, justamente cuando éste también lo hacía. Parecía que iban a abrazarse; mas, como buenos judíos, cuando estuvieron frente a frente, se mostraron los puños con los pulgares cruzados *en figa*... Y antes que Kitzler pudiera distanciarse escupiendo su desprecio, el doctor Rubin lo alcanzó con un formidable puntapié.

Fué la patada de gracia en todo sentido, porque, después de ella, los dos compañeros de infancia no tardaron en reconciliarse, y hasta las familias, que no se conocían, hiciéronse íntimas.

Desde entonces, la buena madre de Enrique tiene un servicial amigo médico, y el viejo casuísta debate cuestiones rimadas con el poeta.

LA QUINTA SINFONIA

LA QUINTA SINFONIA

UNA noche que estaba con varios amigos en casa de los hermanos Yarcho, después de una breve cuanto grata sesión musical, nos pusimos a contar cuentos. Y, como sucede siempre, cada uno de los presentes dijo, ante el humo de su cigarrillo o el aroma de su te, la historia que había vivido o escuchado alguna vez.

Cuando creí llegado mi turno, ensayé también la mía; con la peligrosa diferencia de hacerla a propósito de la *Quinta* que, precisamente, acababan de ejecutar al piano los dueños de casa.

No sé si por haberme apartado del estilo de los cuentos de aquella noche, por mi oportunismo o por ser el último..., lo cierto es que obtuve algún éxito.

No me jacto de él ahora. Pero, sin vanidosa modestia, confieso que, gracias a ese éxito, me decido hoy a darle forma literaria a mi relato, fiado en que, cuando menos, merecerá la atención del lector, por el hecho de referirse a una sinfonía de Beethoven.

* * *

Hace ya de esto cerca de siete años.

Vivíamos entonces en Lanús, a no menos de quince cuadras de la estación. Tomando el pueblecito en sentido nordeste, se llegaba a nuestra casa en media hora, luego de salvar en diagonal algunos potreros bordeados de pinos y eucaliptos.

Yo acababa de cumplir diecisiete años y era una rara mezcla de escolar y comerciante con algo de poeta y mucho de salvaje. Y aunque mi pobre condición de pequeño burgués, y la más triste todavía de muchacho huérfano, me concedían toda la libertad, estaba, sin embargo, la mayor parte del tiempo en casa, o mejor dicho, en la de un mi vecino, cuya hija, Amalia—de mi propia edad—constituía, desde años atrás, el ensueño de mis noches sin sueño.

Amalia! Su solo nombre—el mismo de la primera musa de Enrique Heine—bastaba entonces para hacerme feliz.

Amalia! Qué armonía tan exquisita en el matiz de sus tres vocales idénticas como tres rimas perfectas. ¡Amalia! Ese nombre era para mí lo que el *Jad Gaya* de las noches de Pascua—¿no es cierto que se le parece?—para un devoto corazón judío.

Pero ella, la dueña de tan dulce nombre—rubia, linda y fresca como el sendero entre margaritas silvestres que llevaba hasta su casa—no podía, por culpa de su padre, quererme tanto como yo la amaba; y hasta por otro—ay de mí—se vió obligada muy luego a cambiarme...

A causa de esta amenazante desdicha, más dolorosa por inevitable, yo, que fuí un niño tristón, hacía versos de desengaño y leía mi antigua desventurada historia, en los inmortales *lieder* del dulce y profundo Enrique Heine. Vale decir, era un solitario a quien acompañaban, como a todo solitario, el recuerdo y la expresión de su propia pena...

Por eso, cuando en la primavera de aquel año se anunciaron los primeros grandes conciertos sinfónicos que yo recuerde en Buenos Aires, me dispuse a concurrir a algunos, seguro de encontrar un consuelo a la inminente pérdida de mi amor. Conocía poca música, y muy mal las sinfonías de Beethoven, que prometíanse todas, con excepción de la *Novena*.

* * *

El día jueves 21 de octubre—lo recuerdo como si hubiera sido ayer—hacía mucho calor. La atmósfera pesaba sobre las gentes, imprimiéndoles un aspecto de cansancio más que físico.

El cielo, cubierto de nubes opresivamente bajas, amenazaba lluvia. No obstante esta amenaza, que un ligero viento Sur desvirtuaba, decidí ir al *Colón,* pues esa noche anunciábase la *Quinta.* Además, en casa de Amalia se festejaba el cumpleaños de una hermanita, y yo, que deliberadamente no fuí invitado, quería hallarme lejos...

A las nueve de la noche me encontraba ya instalado en una de las butacas de la parte central del *paraíso.*

Por fin, después de media hora de espera y una de música diversa, terminó la parte inicial del programa con la desgarradora *Muerte de Isolda,* que entonces no me gustaba todavía.

Pasaron diez minutos largos, y la orquesta volvió al escenario. Restablecido el silencio tras una salva de aplausos al director, los primeros acordes de la famosa *Quinta* dejáronse oir en las tres notas *fatídicas,* repercutiendo con acariciadora violencia en mi corazón: *Sol-sol-sol-mi.*

Yo no había leído hasta entonces otro libro sobre música que la *Vida de Beethoven* por Romain Rolland. Desconocía todo análisis de la *Quinta,* hasta ignorar la tan citada explicación de su comienzo: así el destino golpea a nuestra puerta. Pero, inmediatamente, aquel formidable estallido que se desarrolla con delirio frenético, me trajo a la memoria la breve definición que había leído en el mismo libro de Romain Rolland: *La Sinfonía en do menor* es una tragedia clásica.

Y aunque ignoraba también a Eurípides, alcancé, sin embargo, la terrible significación de esas palabras: ¡Como que juzgaba una tragedia mi propia vida!...

Cuando la orquesta repitió por última vez el motivo del comienzo—*fortissimo* con proporciones gigantescas—tuve la impresión de que iba a hundirse el paraíso. El público estalló en una ovación ruidosa, que, como un alarido de espanto unánime, me levantó del asiento, dispuesto a salir corriendo tras de la gente que huía...

Todo fué un rayo; nada más. La tempestad pasó rápida. En seguida, la voz dulce y grave de las violas y violoncelos con que empieza el *andante* llenó mi corazón de lágrimas.

Era una página que escuchaba así por vez primera y, no obstante, toda ella me era conocida.

Adivinaba, en la transparencia de su desarrollo, el hilo de oro que lleva la *elegía sublime* por todos los instrumentos con variaciones de fuerza y de dulzura únicas.

La persistencia de la misma frase que ahora sé: "tan profundamente triste en su sencillez", me produjo una impresión indescriptible; y mientras los violines la sollozaban, yo escondía la cara entre las manos para llorar mi congoja íntima con lágrimas casi felices de venir.

Y ya entregado por completo a la orquesta, el extraño *scherzo* que se insinúa *pianissimo* para reaparecer después en *pizzicato* hasta dormirse en los instrumentos de cuerda; y por último aquella transición al tema de marcha heroica que anuncia el estupendo final, ganaron del todo mi espíritu. Durante más de media hora gocé aquel misterio de armonía, que mi ignorancia, desgraciadamente, me inhibe describir; pero en el que — estoy seguro ahora — alternaban el amor, los celos y la compasión, como en mi propia alma. Porque, cuando estamos enamorados, la música lo sabe todo...

Recuerdo que abandoné el teatro mientras el público seguía atronando con sus aplausos, temeroso de que con ellos se disipara el tesoro que me llevaba escondido y para siempre en el corazón.

* * *

Sin rumbo, vagué por las calles bajo una fina y persistente lluvia hasta llegar a Constitución. De allí, con el último tren, regresé a Lanús. No llovía ya, mas el cielo continuaba encapotado de nubes sucias, y el mismo vientecillo soplaba con fuerza. Tomé el camino de siempre, y antes de media hora estaba cerca de casa, en la vereda de una quinta rodeada de pinos. La obscuridad de la noche era completa.

Yo me encontraba todavía bajo la impresión de la música e iba recordando ora un tema de la Sinfonía, ora un episodio de la vida de Beethoven cuando la compuso. Evoqué su desdichado amor por Teresa de Brunswick, y en aquel momento (¡oh, maravillosa ingenuidad del adolescente!) mi pobre amor sin esperanza me pareció tan sublime e infeliz como aquél...

Para confirmarme en el parecido, recordé párrafos sueltos de una carta a la Amada Inmortal:

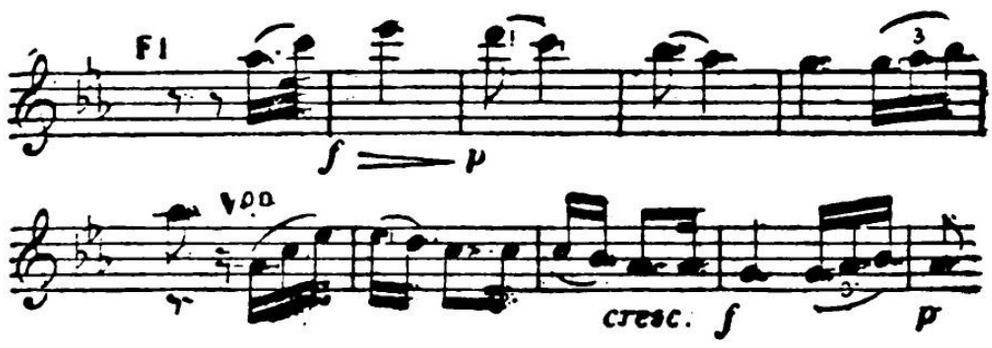
«...¡Qué vida esta sin tí! ¡Tan cerca y tan lejos!... ¡Dios mío! ¿Por qué cuando dos se aman tienen que separarse?»

Y se llenaron mis ojos de lágrimas. Como la música, estas palabras me parecieron también escritas para mí.

El murmullo del viento en los pinos debió ser sin duda de lástima. Bien me lo había expresado Heine en su *Intermezzo*:

> De su sueño a los árboles despierta mi tristeza
> y al verme, compasivos, inclinan la cabeza.

Pero yo, que iba embriagado de música, asocié a ese murmullo el tema del *adagio* y me puse a canturrear la famosa frase que Berlioz encuentra tan profundamente triste en su sencillez:



.. ..

Los pinos se prolongaban durante dos cuadras. Temeroso del ruido, los evité cruzando un pastizal que conducía a la calle de nuestra casa. Tuve que hacer algún esfuerzo para no resbalarme, por que la hierba estaba húmeda. Sin embargo, caminando con cuidado, gané la vereda de un tambo vecino a cierto terreno plantado de sauces, que en la noche fingían una gran parva de sombra.

Dos perrazos enormes empezaron a ladrar y varios otros hicieron coro. Apresuré el paso con algún temor. Cuando hube llegado a la calle Arena, ancha y sombría como un túnel, distinguí, antes que la nuestra, la casa de ella, que estaba detrás. En medio de las sombras, me pareció fantásticamente iluminada. No resistí a la tentación de acercarme. Y ya junto a ella recordé otro *lied* de Heine. Justamente uno de «La vuelta al hogar» («*Die Heimkher*»). Aquel que empieza:

Esta noche están de fiesta
Y en la casa iluminada,
La sombra de ella se mece
Allá arriba, en la ventana.

Aunque estaba acostumbrado a regresar tarde, confieso que sentí miedo. Con algún apresuramiento, para no abrir la puerta de calle, salté el alambrado y me metí en mi cuarto. A los pocos minutos ya estaba en cama dispuesto a dormirme en seguida.

Pero a pesar de mi deseo y mi cansancio, el sueño no me venía. Tendido en la cama, de cara al techo, estrujaba, nervioso, las sábanas, haciendo lo posible por alejar la idea del balance cuotidiano. Todo fué inútil: como una procesión de fantasmas, pasaron por mi cabeza, un tanto

afiebrada, los acontecimientos del día. Recordé hasta los detalles más nimios, una interrumipda entrevista con *ella* la tarde anterior. Vi otra vez el extraño brillo de sus ojos claros que, a la luz del crepúsculo, parecían expresar la tristeza de una despedida; su tímido gesto de azoramiento cuando le propuse que huyera conmigo del hogar; y el tinte de vergüenza que coloreó su cara, tan blanca, al manifestarle el profundo desprecio que sentía por las crespas barbas de su padre.

Toda ella aparecióseme tal como la vi junto a un árbol, con su sencillo batón rojo lunareado de gris; sueltas las trenzas rubias, una sobre el pecho y otra a la espalda.

Luego — ya sin poder atar el curso de las ideas — contemplé mi situación de escolar tardío que conoce el trabajo, y por amor a una linda muchacha, los libros que no son de texto...

Uno tras otro se me presentaron en trance idéntico los héroes de algunas novelas de Goethe, Dickens, Turguéniev y Lamartine, a quienes entonces leía con afán. La revista de mis modelos duró más de una hora. En todos ellos hallé motivo suficiente para considerarme grande y desdichado. ¡Qué no habría ofrecido entonces por saberme también muerto o vencedor en mi capítulo final!

* * *

En vano intenté abandonar las consideraciones acerca de los desenlaces ya conocidos. De nuevo cerré los ojos a todo para dormirme. Imposible! Las impresiones recientes de la música brotaron en los temas esenciales de la *Quinta,* produciéndome un escozor semejante a un escalofrío eléctrico. Sin querer, proseguí evocando mentalmente la expresión dolorosa del *andante,* la extraña fuerza del *scherzo,* y hundiéndome cada vez más en el recuerdo de los graves motivos que bullían en mi corazón.

El fantasma de la música no me abandonaba. Cuanto más hacía por separarlo, era más real.

El sueño había huído por completo de mis párpados, y las horas transcurrían lentas, sin que yo pudiera conciliarlo, no obstante mis esfuerzos.

Al contrario!: la música iba concretándose de tal manera, que no tardó en materializarse para mis sentidos. Ya no era el vago recuerdo de un motivo cualquiera de la Sinfonía; sino que todo un coro de jóvenes tras la pared de mi cabecera, cantaba ahora a tres voces el fantástico *scherzo.*

Y de qué modo!

Escuché al principio, con espanto el coro que mi fantasmagoría situaba detrás de la pared... Luego traté de convencerme por el raciocinio, que todo eso no era más que una alucinación.

—Son mis nervios, me decía; un engaño de mis sentidos.

Pero no pude dominar la inquietud que se había apoderado de mi espíritu.

A pesar de acurrucarme bajo las cobijas y cubrirme al cabeza con las almohadas, seguí oyendo la voz de los jóvenes que, como cigarras, cantaban implacablemente...

De pronto, varios relámpagos iluminaron furtivos mi cuarto y el trueno estalló a lo lejos seguido de una recia lluvia, que pasó rápida sobre el cinc de la cocina.

En mi imaginación vertiginosa, las voces saltaron con la lluvia de uno a otro pasaje de la sinfonía: desde el ronco *pizzicato* de los contrabajos que rugen celosos en la tercera parte, hasta la frase torturadora que los violines cantan resignadamente en el *andante*.

El sueño y la tortura luchaban en mi espíritu con una mezcla de terror. La angustia me ahogaba. Comprendí que mi razón desvanecíase y que, desde horas atrás, se me escapaba el dominio de los nervios. También las ideas desaparecían poco

a poco, de mi mente. Llegaba al límite de agotamiento en el cual el mundo exterior no es otra cosa que música. Cielos! Por momentos tuve la impresión de que iba a volverme loco..., que me estallaría el corazón!...

Pero ¿cómo detallar minuciosamente la angustia de aquella noche? Estaba seguro, recuerdo, que era ilógico suponer un coro cantando a Beethoven, en Lanús, a las cuatro de la mañana. Sin embargo, yo escuchaba los ágiles espectros de mi pesadilla; los veía moverse, al agujerear con mis ojos las espesas sombras del cuarto.

Convencido de que ya no podría dormirme, encendí la luz y quise despertar a mi hermanito cuya cama estaba en mi cuarto. No me decidí por miedo a sus burlas y opté por la lectura.

Cerca de una hora estuve leyendo un capítulo de *David Copperfield,* hasta que, por fin, con las primeras luces del alba, me dormí.

* * *

Olvidado del trabajo y de la escuela, no me desperté hasta después de las cuatro de la tarde. En casa se extrañaron bastante, pero nadie quiso reprochármelo. Por qué?

Después de arreglarme y tomar el desayuno, salí a mi acostumbrado paseo con el propósito de verla.

Ya declinaba el sol, y a la luz vespertina, los árboles del cercano bosque adquirían la religiosidad de la hora en que hombres y pájaros regresan a sus nidos.

Sin duda, tocado por esa emoción del momento, medí la intensidad de mi amor por el ansia impaciente de verla. Pero ella no apareció.

Con el corazón traspasado por amargo presentimiento me encaminé hacia los eucaliptos que estaban frente a su casa. Allí, junto al mismo árbol de la víspera, evoqué el encuentro de la tarde anterior y con él la terrible noche de insomnio en la que todo yo fuí un arpa por la que había serpeado un viento de tragedia; el mismo, tal vez, que ruge en la *Quinta* presagiando la tempestad de una vida.

* * *

Al recuerdo de la música, contemplé de nuevo mi situación de desamparo, y me pareció que era la temprana muerte de mi padre; mi difícil trance de escolar y mercachifle; mi gran deseo de elevación y el escollo de mi amor imposible, lo que expresaba aquel maravilloso *andante* en su abatimiento melancólico tan lleno de conmovedora gracia.

Acompañado de estas tristes reflexiones, me estuve paseando cerca de una hora sin perder de vista la casa de Amalia. Pero no me fué posible verla. El patio estaba desierto y sólo había luz en la cocina. Cansado de rondar inútilmente, emprendí el regreso.

Anochecía ya. Las luciérnagas, como chispas del remoto incendio solar, vagaban sobre las margaritas del camino. Al pasar por detrás de la casa, descubrí, junto al alambrado del huerto, a la hermanita. Me detuve a felicitarla por sus trece primaveras, y, como la sabía de mi parte, no pude resistir al deseo de interrogarla por *ella*.

Pronuncié las tres sílabas de su nombre como arriesgando el secreto de mi vida:

—A-ma-lia?

Noté que a mi pregunta palideció el rostro de la muchacha, como la luna cuando la oculta una nube.

—Todo está perdido — me dijo bajando sus lindos ojos negros. — Papá aprovechó anoche *mi* fiesta para hacer el compromiso de Amalia. Hoy la llevó a Buenos Aires, todavía...

No pude escucharla hasta el fin y me alejé sin despedirme.

... ...

.. ..

Ya declinaba el sol, y a la luz vespertina, los árboles del cercano bosque adquirían la religiosidad de la hora en que hombres y pájaros regresan a sus nidos.

Sin duda, tocado por esa emoción del momento, medí la intensidad de mi amor por el ansia impaciente de verla. Pero ella no apareció.

Con el corazón traspasado por amargo presentimiento me encaminé hacia los eucaliptos que estaban frente a su casa. Allí, junto al mismo árbol de la víspera, evoqué el encuentro de la tarde anterior y con él la terrible noche de insomnio en la que todo yo fuí un arpa por la que había serpeado un viento de tragedia; el mismo, tal vez, que ruge en la *Quinta* presagiando la tempestad de una vida.

* * *

Al recuerdo de la música, contemplé de nuevo mi situación de desamparo, y me pareció que era la temprana muerte de mi padre; mi difícil trance de escolar y mercachifle; mi gran deseo de elevación y el escollo de mi amor imposible, lo que expresaba aquel maravilloso *andante* en su abatimiento melancólico tan lleno de conmovedora gracia.

Acompañado de estas tristes reflexiones, me estuve paseando cerca de una hora sin perder de vista la casa de Amalia. Pero no me fué posible verla. El patio estaba desierto y sólo había luz en la cocina. Cansado de rondar inútilmente, emprendí el regreso.

Anochecía ya. Las luciérnagas, como chispas del remoto incendio solar, vagaban sobre las margaritas del camino. Al pasar por detrás de la casa, descubrí, junto al alambrado del huerto, a la hermanita. Me detuve a felicitarla por sus trece primaveras, y, como la sabía de mi parte, no pude resistir al deseo de interrogarla por *ella*.

Pronuncié las tres sílabas de su nombre como arriesgando el secreto de mi vida:

—A-ma-lia?

Noté que a mi pregunta palideció el rostro de la muchacha, como la luna cuando la oculta una nube.

—Todo está perdido — me dijo bajando sus lindos ojos negros. — Papá aprovechó anoche *mi* fiesta para hacer el compromiso de Amalia. Hoy la llevó a Buenos Aires, todavía...

No pude escucharla hasta el fin y me alejé sin despedirme.

... ...

.. ..

Quien no sepa de una adolescencia imbuída de literatura sentimental, con el agravante de un amor destruído, no imaginará la desesperación en que puede sumirse un muchacho enamorado; así describa yo aquel estado de ánimo en veinte páginas.

A los que, como dice Heine, esto ya les sucedió una vez, espero dar una aproximada idea de todo, asegurando que el compromiso de Amalia, con la impresión de una injusta herida de muerte, desgarró en mi alma el último velo del sueño. Comprendí entonces que aquella inquietante música de la *Quinta* era el alma de Beethoven que, frente al abismo, revelóme en consciente angustia mi amargo ingreso en la vida.

Y la noche se hizo en mi corazón estrellada de lágrimas.

MATE AMARGO

A Leopoldo Lugones.

MATE AMARGO

EL asesinato de su primero y único varoncito en el *pogrom* de Kischinev, más el nacimiento anormal de una segunda criatura, a causa de los trastornos que durante la matanza sufrió la madre, fueron causas harto suficientes para que Abraham Petacovsky, dejando su oficio de *melámed* (preceptor de hebreo), se decidiera a emigrar de Rusia. Dirigióse en un principio a los Estados Unidos (la América por excelencia de los judíos de ayer y yanquis de hoy). Pero, ya en Hamburgo, vióse obligado, por razones diplomáticas — según bromeó después — a cambiar de rumbo. Y en los primeros días de noviembre del año 1905 llegaba, con su mujer y las dos nenas, a Buenos Aires.

Abraham Petacóvsky era un judío pequeño, simpático, con el aire inteligente y dulce de las personas amables. Sus ojillos claros, amortiguaban hasta la palidez cadavérica, el rostro alargado por una barba irregular y negra. La nariz, de puro estilo hebraico, parecía caérsele en la boca de gruesos labios irónicos. Aunque no contaba más de treinta años, su aspecto era el de un viejo. Por eso, tal vez, sus parientes de Buenos Aires llamáronlo tío Petacóvsky,—contra la voluntad de Jane Guitel, su esposa, una mujer fidelísima, tan devota como fea, pero de mucho orgullo. De tanto, que no obstante haber pasado con el tío Petacóvsky años difíciles, lamentaba siempre el tiempo antiguo en *nuestra* Rusia. Y resignada en sus veintisiete años escasos, fincaba toda su esperanza en las dos criaturas que habían sobrevivido a los horrores del *pogrom*: Elisa, de siete años, y Beile, de uno apenas.

* * *

No se arrepintió el tío Petacovsky de su arribo a la Argentina. Buenos Aires, la ciudad acerca de la cual había tenido tan peregrinas noticias en el buque, resultó muy de su agrado. Esperábanlo en el viejo Hotel de Inmigrantes dos cercanos parientes de la mujer y algunos amigos.

Gracias a ellos — a quienes ya debía parte del pasaje — logró instalarse en seguida bajo techo seguro. Fué en una pieza subalquilada a cierta familia criolla en el antiguo barrio de los Corrales. Para instalarse allá, tanto el tío Petacóvsky, como su mujer, tuvieron que dejar a un lado escrúpulos religiosos: resolverse a vivir entre *goim*.

Jane Guítel, por cierto, resistióse un poco.

—Dios mío! — clamaba. — ¿Cómo voy a cocinar mi pescado relleno junto a la olla con puerco de una cristiana?

Pero cuando vió la cocina de tablas clavada frente a la pieza, como garita de centinela junto a una celda, no tardó en conformarse. Y la adaptación vino rápida, por cuanto la facilitaron los dueños de casa en el respeto a las extrañas costumbres de los judíos, y en el generoso interés por ellos.

La misma discreta curiosidad que los criollos mostraban por la forma rara con que *la rusa* salaba la carne al sol, y el tío Petacóvsky guardaba el sábado, la sentían los recién llegados por las manifestaciones de la vida argentina. De aquí que a los pocos días, ya todos se entendieran por gestos, y Jane Guítel fuera rebautizada con la traducción de Guillermina, por su segundo nombre, y el apelativo doña en lugar del primero.

Por su parte, el tío Petacóvsky aprendía a tomar mate sin azúcar, con los hijos de la patrona: dos buenos y honrados muchachos argentinos. Y aunque, como gringo legítimo, les daba las gracias después de cada mate, no suspendía hasta el séptimo; pues encontraba al mate sin azúcar las mismas virtudes estomacales que su mujer atribuía al te con limón.

Después del mate amargo, las alpargatas criollas constituyeron el descubrimiento más a gusto del tío Petacóvsky. Desde la primera mañana que salió a vender cuadros, las encontró insubstituíbles.

Sin ellas — juraba — jamás habría podido con ese endiablado oficio — tan de judío errante sin embargo — que le proporcionaron sus parientes.

Las alpargatas criollas y el mate amargo fueron los primeros síntomas de la adaptación del tío Petacóvsky. Pero la prueba definitiva, la evidenció dos meses más tarde, concurriendo al entierro del general Mitre. Aquella imponente manifestación de duelo popular, lo conmovió hasta las lágrimas, y durante muchos años la recordó como la expresión más alta de una multitud acongojada por la muerte de un patriarca.

A fuer de israelita piadoso, el tío Petacóvsky sabía de grandes hombres y de grandes duelos.

* * *

Ya dijimos que el buen hombre comenzó su vida de porteño ofreciendo cuadros por las calles de Buenos Aires. Pero no sabemos si el lector, por haber visto alguna vez una figura de talmudista metida entre dos parejas de estampas evangélicas, sospechó que nos referimos a cuadros religiosos. Sin embargo, la cosa, además de pintoresca, es importante y hasta tiene su historia.

Vender estampas de santos, era en 1906 un negocio recién iniciado por los judíos de Buenos Aires. Hasta entonces los israelitas que no vinieron para trabajar en las colonias agrícolas de Entre Ríos o Santa Fe, se dedicaron a vender a plazos: muebles, joyas, trajes, pieles... Todo, menos cuadros. El tío Petacóvsky fué tal vez el número uno de los que salieron a vender estampas a plazos. Y si es cierto que no resultó el más afortunado (no hay ahora ninguna marca de cuadros Petacóvsky) fué en su tiempo el más eficaz.

Dueño de un innato gusto eclesiástico, el tío Petacóvsky sabía recomendar sus láminas. En su rara lengua judaico-criolla hallaba modo de hacer en pocas palabras el elogio de cualesquiera. Unas, por el tenue azul de los ojos de una virgen; otras,

por el gesto derrotado de un apóstol. A cada cual por lo más impresionante...

Nadie como el tío Petacóvsky para explicar las virtudes de un San Juan Evangelista. Equivocaba, tal vez, desmemoriado, un San José con un San Antonio. Pero jamás olvidaba señalar un detalle de color, un rasgo patético capaz de entusiasmar a una María.

De lo que se lamentaba con frecuencia era de la escasez de su léxico. A cada instante veíase obligado a juegos de mímica moviendo manos, cara y hombros a un mismo tiempo... Con todo, sus ventas nunca fracasaron porque no le entendieran o porque él extendiera los recibos con los nombres de Josefa o Magdalena, en caracteres hebraicos, sino por la falta de religiosidad de las gentes.

El, que era tan profundamente religioso hasta cumplir — no obstante su oficio — con las oraciones cuotidianas y el sábado sagrado, no se explicaba cómo habiendo tantas iglesias en Buenos Aires, eran tan pocos los creyentes. Por eso, cuando, a fuerza de recorrer la ciudad, comprobó que en la Boca era donde se congregaba mayor número de fieles, trató de formar su clientela entre ellos. Y en efecto, le fué mejor.

* * *

Después de trabajar un año junto al Riachuelo, saliendo a vender casi todos los días — menos los sábados y domingos — el tío Petacóvsky pudo crear su clientela y dedicarse sólo a la cobranza y entrega de los cuadros que le encargaban directamente. Entonces saldó las deudas con sus parientes, obtuvo otra pieza en la misma casa de la calle Caseros, y planeó el negocio por realizar con los hijos de la patrona: negocio que consistía en asociarse a ellos para armar los marcos de las estampas y confeccionar los cuadros por cuenta propia.

Todo pudo realizarse gracias al espíritu emprendedor del tío Petacóvsky. Los dos muchachos criollos, que no fueron desde niños otra cosa que jornaleros en una carpintería mecánica, viéronse de pronto convertidos en pequeños industriales. Entretanto, el tío Petacóvsky dejó de ser vendedor ambulante, para dirigir el taller.

A su nombre, o más bien a nombre de la fábrica de cuadros Petacóvsky-Bermúdez, trabajaban varios corredores judíos. Además, muchos otros, colegas del devoto oficio, compraban allí sus cuadros para difundirlos en toda la República.

* * *

Cerca de tres años trabajaron los hermanos Bermúdez en sociedad con el tío Petacóvsky. Como les fuera bien desde un principio, lo hacían con gusto y sin horario determinado. A las seis de la mañana ya estaban los tres en el taller, y se desayunaban con *amargos* y galleta. Luego, mientras los mozos preparaban las estampas encargadas, el tío Petacóvsky, que ya borroneaba en castellano, hacía las facturas y tomaba nota de las láminas que era necesario llevar del centro.

A la venta de estampas evangélicas, los fabricantes habían agregado, siempre por iniciativa del tío Petacóvsky, marinas, paisajes, frutas... y, en gran cantidad, escenas del teatro shakespiriano: *Otelo, Hamlet, Romeo y Julieta*... A las ocho, cuando doña Guillermina, o Jane Guítel, despachaba a Elisa para la escuela, el tío Petacóvsky íbase de compras al centro. A pesar de que lo hacía casi todas las mañanas, los hermanos Bermúdez no dejaban nunca de bromear en las despedidas:

—Tío Petaca — le gritaban, — no se olvide de traerme una paisanita... Tío Petaca, yo la prefiero rubia, ¡eh?... Tío Petaca...

Pero el aludido no se enojaba. Con una comisura de ironía y superioridad en los labios, contestaba: Está *boino*. Pero no olviden los *noive San Antonios* para San Pedro.

Y salía riéndose, mientras los mozos, remedándole, gritaban:

—Cabayo bien, tío Petaca...

A Jane Guítel, desde luego, no le agradaban estas bromas. Cada mañana las oía, y cada noche se las reprochaba al marido, rogándole que se mudaran cuanto antes para evitar «tanta confianza».

—Una cosa — protestaba la mujer — es el comercio y otra la amistad. No me gusta que tengas tanta confianza con ellos. ¿Acaso han fumado ustedes en la misma pipa?...

En realidad lo que Jane Guítel concluía preguntando a su marido no era precisamente si había fumado en la misma pipa con sus socios, sino muy otra cosa. Pero, a qué repetirlo... Lo que molestaba a la mujer, sobre todo, era que los Bermúdez llamaran tío Petaca a su marido. Desde que Elisa iba al colegio, doña Guillermina averiguaba por ella el significado de cualquier palabra. Y aunque la chiquilla sólo cursaba el tercer grado, sabía ya expresarse correctamente en castellano, hasta el punto de no querer hablar el idisch ni con su propia madre.

Pasaron, no obstante, dos años más. Por fin, a principios de 1910, Jane Guítel pudo realizar su propósito de abandonar la calle Caseros. Una vez en claro el balance definitivo, la sociedad Petacóvsky-Bermúdez quedó disuelta, sin que por ello los socios quebraran su amistad. Después de tres años de trabajo, cada uno se retiraba con cerca de diez mil pesos. Los hermanos Bermúdez, con sus partes, resolvieron reconstruir la vieja casa familiar y establecer en ella una carpintería mecánica. Mientras el tío Petacóvsky, que, a cambio de su parte en la maquinaria, conservaba un resto de la antigua clientela boquense, instalábase en una cómoda casa de la avenida Almirante Brown.

* * *

Sabido es: de cien judíos que llegan a juntar algunos miles de pesos, noventa y nueve gustan instalarse como verdaderos ricos. De ahí que el tío Petacóvsky, que no era de la excepción, amueblara regiamente su casa, comprara piano a la pequeña Elisa, y con motivo del nacimiento de un hijo argentino, celebrara la circunscisión en una digna fiesta a la manera clásica. Era justo. Desde el asesinato del primogénito, en Rusia, el tío Petacóvsky esperaba tamaño acontecimiento.

Igual que Jane Guítel, él había soñado siempre un hijo varón que a su muerte dijera el *kádisch* del recuerdo. El *kádisch,* esa noble oración del huérfano judío, que el mismo Enrique Heine recordaba en su tumba de lana:

Nadie ha de cantarme misa,
Nadie "kádisch" me dirá.
Sin cantos y sin plegarias
Mi aniversario fatal...

Pero dejemos la poesía y los poetas. No por tener *kádisch* (1), el tío Petacóvsky echóse a muerto. Al contrario: el feliz advenimiento de un "soldado argentino" en vísperas del centenario de 1810, le sugirió un negocio patriótico. Y con la misma fe y el mismo entusiasmo que el anterior, el tío Petacóvsky lo llevó a término. Tratábase en realidad del mismo negocio. Sólo que ahora en vez de estampas de santos, serían retratos de héroes, y en lugar de escenas shakespirianas, alegorías patrióticas.

Los hermanos Bermúdez, que seguían siendo sus amigos, lo informaron acerca de la historia patria, pero con un criterio de federales que el tío Petacóvsky sospechó lleno de parcialidad. No era que él estuviese en contra de nadie, sino que le faltaban pruebas de la gloria de Rosas...

(1) Por extensión, los judíos llaman así a sus hijos varones.

Como buen andariego, el tío Petacóvsky había aprendido su historia nacional en las calles de Buenos Aires. Así juzgaba como héroes de primera fila a todos aquellos que daban nombre a las avenidas y plazas principales. Y si bien este curioso procedimiento de aprender había sido ya metodizado por los pedagogistas, él, que allá en Rusia fuera pedagogo en el original sentido de la palabra, lo ignoraba sabiamente. Pero no por ignorar su denominación científica: visoaudomotor, (perdón), el método dióle mejor resultado. Respecto de Sarmiento — *verbi gratia domine* — que entonces prestaba su nombre glorioso a una humilde calleja de la Boca, el tío Petacóvsky habíase formado un concepto pobrísimo. Y de no saberlo escritor — ¿qué judío no admira a un hombre que escribió libros? — habría privado su colección de una figura tribunicia.

Por suerte, esta falla al inefable método, lo salvó de la corriente pedagógica. Al no dar, tampoco, en lugar visible, con el monumento a Rivadavia, resolvió no guiarse por el sentido didáctico... y comprar ejemplares ilustrados de todos los patriotas. Aquellos que conocía y aquellos que no conocía. Y todo quedó resuelto.

* * *

Antes del primero de mayo — día señalado para inaugurar su nuevo comercio — el tío Petacóvsky descargaba en su casa cerca de un millón de láminas entre estampas para cuadros, retratos, alegorías patrióticas, copias de monumentos y tarjetas postales. Las ventas fueron iniciadas en seguida. Varios viajantes se encargaron de las provincias, y el tío Petacóvsky de la capital. Durante seis meses las cosas anduvieron a todo trapo. Mas no obstante esta actividad y las proporciones que alcanzaron las fiestas del centenario en toda la República, el negocio fracasó.

Cuando a fines de 1910 — hechas las liquidaciones en el interior del país — realizóse el recuento de la mercadería sobrante, aparecieron más de seiscientas mil cartulinas. En resumen: había perdido en una aventura de seis meses sus ganancias de cinco años.

Naturalmente, este primer fracaso enturbió el humor del tío Petacóvsky. Como en verdad no tenía pasta de comerciante, se sintió derrotado. Y si bien a los pocos meses ya soñaba otro negocio a propósito del Carnaval, sus parientes, entre burlas, negáronle crédito para realizarlo. ¿Quién no desconfía del hombre que fracasó una vez?

En esa desconfianza, más que en la pérdida de su dinero, sintió el tío Petacóvsky su desgracia. Para ayudarse, sin recurrir a nadie, mudóse a una casa más económica, vendió el piano y aplazó el ingreso de su hija en la Escuela Normal. Pero nada de esto fué remedio. Sólo una nueva desgracia—¿vendrán por eso seguidas?—le curó la anterior. Fué nada menos que la muerte de Beile, la menor de sus hijitas.

Este lamentable suceso hizo también olvidar a sus relaciones el fracaso del centenario. Por una parte los parientes, y por otra los amigos, con esa solidaridad en el dolor tan característica de los judíos, compitieron en ayudar al infeliz. Y otra vez gracias a ellos, el tío Petacóvsky pudo volver a su oficio de corredor. Ahora ya no sólo de cuadros, sino también de muebles, telas, joyas, pieles...

Durante cinco nuevos años el tío Petacóvsky trabajó para rehacer su clientela. Canas costábale ya el maldito oficio, venido a menos por la competencia de las grandes tiendas y el alza enorme de los precios con motivo de la guerra. Pero hasta mediar el año 1916, no pudo abandonarlo. Sólo entonces, una feliz circunstancia lo sacó de él. El caso puede resumirse de esta manera:

El menor de los hermanos Bermúdez, Carlos, lo recomendó al gerente de una fábrica de cigarrillos, y éste adquirióle, como objetos de propaganda para el centenario de la Independencia, el sobrante de estampas patrióticas.

Mil quinientos pesos recibió el tío Petacóvsky por sus láminas. Con ese dinero en el bolsillo sintióse optimista. En seguida liquidó su clientela—ya padecía de reumatismo—y se puso a la tarea de buscar un negocio en el centro. Lo mismo le daba una cigarrería que un almacén. El *quid* era un comercio con puerta a la calle. Que los clientes lo fueran a buscar a él. No al revés, como hasta entonces. Ya le asqueaba *hacer el marchante.*

De nuevo burláronse los parientes de sus proyectos. Mientras unos, aludiendo a su afición por el mate, le aconsejaban una plantación de yerba en Misiones, otros le sugerían una fábrica de mates...

Mas el tío Petacóvsky, contra el parecer de todos en general, y de Jane Guítel en particular, compró una pequeña librería cerca del Mercado de Abasto.

* * *

Con el nuevo negocio la vida del tío Petacóvsky se transformó por completo. Ya no recorría la ciudad. Vestido a gusto, con amplio guardapolvo de brin, y tocado con obscuro solideo de seda, pasábase las mañanas leyendo y *mateando* junto al mostrador, a la espera de clientes. Elisa, su hija, que ya estaba hecha una simpática criollita de dieciocho años, le cebaba el amargo por intermedio de Daniel; mientras arreglaba la casa antes de que Jane Guítel volviera del mercado.

Después del almuerzo, el tío Petacóvsky hacía su siesta. A las cuatro, ya estaba otra vez en su puesto y Elisa volvía a cebarle mate hasta la noche.

Ahora bien: de rendir la venta diaria un poco más que el dinero indispensable para el pan y la yerba, es probable que todos vivieran tranquilos. Pero como después de un año de ilusiones, se vió que esto no acaecía, las disputas se renovaron.

—De no querer tú—increpábale Jane Guítel — reformar el mundo y hacer lo que tantos israelitas hacen en Buenos Aires, estaríamos bien.

A lo que el hombre contestaba:

—Es que cuando a uno no le va, todo es inútil.

Y si Jane Guítel lo instaba a vender el tenducho, él redargüía con agrio humor:

—Seguro estoy que, de meterme a fabricar mortajas, la gente dejaría de morirse. Es lo mismo!

Tales discusiones reproducíanse en el mismo tono, casi todos los días. Desde la muerte de su hijita, Jane Guítel estaba enferma, y frecuentes crisis de nervios la debilitaban. El tío Petacóvsky, al tanto de ello, trataba siempre de calmarla con alguna ocurrencia. Y si doña Guillermina, como él la llamaba por broma en esas ocasiones, se resistía, él invocaba los aforismos de Schólom Aléijem, su escritor predilecto: «Reir es saludable; los médicos aconsejan reirse», o «Cuando tengas la olla vacía, llénala de risa».

Pero lo cierto es que a pesar de su Schólom Aléijem, el tío Petacóvsky se había contagiado de la tristeza de su mujer. Ya no era el alegre tío Petaca de la fábrica de cuadros. Nada le quedaba del entusiasmo y del humor de aquella época. Si aun reía, era para esconder sus lágrimas... Porque como él mismo decía: «Cuando los negocios van mal, se puede ser humorista, pero nunca profeta». Y él ya no trataba de serlo en nada.

Había ensayado, al reabrirse las escuelas, la compra y venta de libros viejos, con algún resultado. Pero al llegar las vacaciones—ya conocido como cambalachero—nadie entraba sino para vender libros usados.

En tanto, los días pasaban monótonos, aburridos, iguales. El hombre, siempre con su amargo y los libros, y la mujer con su eterna loa del tiempo antiguo y su constante protesta contra el actual.

—¡Dios mío — se quejaba al marido — lo que has llegado a ser en América: un cambalachero!—Y lloraba.

En vano el tío Petacóvsky intentaba defender la condición intelectual de su oficio y fingir grandes esperanzas para la temporada próxima.

—Ya verás — le decía — cuando empiecen las clases, cómo van a salir todos estos grandes sabios y poetas. Entonces hasta es probable que encuentre un comprador de todo el negocio, y me quede sólo con los textos de medicina para que más tarde Daniel *estudie de doctor.*

La mujer no dejaba de mortificarlo. Menos soñadora que él, calculaba el porvenir de su hija. Y en los momentos de amargura, los insultos estallaban en su boca:

—Camblachero!... Cambalachero!... ¡Dios mío, quién se casará con la hija de un cambalachero!...

* * *

Mucho antes de lo que imaginaba, supo Jane Guítel quién deseaba casarse con su hija. Primero, un chisme de familia la enteró de que Elisa era festejada por Carlos Bermúdez. No quiso creerlo. Luego, alguien que los vió juntos, le confirmó el chisme. Y vinieron las primeras sospechas. Por último, la misma muchacha, instada por la sinceridad del padre, confesó sus relaciones con el ex socio... Y aquí fué la ruina de Jerusalem... Jane Guítel puso el grito en el cielo. ¿Cómo una hija suya iba a casarse con un *goi?* ¿Podía olvidar, acaso, la ingrata, que un bisabuelo de ella (Dios lo tenga en gloria) fué gran rabino en Kischinev, y que todos sus parientes fueron santos y puros judíos? ¿Dónde había dejado la vergüenza esa muchacha?...

Y en su desesperación, acusaba de todo, por milésima vez, a su marido y a sus negocios.

—Ahi tienes a tus grandes amigos del mate (¡Dios quiera envenenarlos!). Ahi están las consecuencias de tus negocios con ellos. (¡Un rayo los fulmine!). Todo por culpa tuya...

Y vencida por los nervios, se echaba a llorar como en *Iom Kipur*—el día del perdón.

A todo esto, el tío Petacóvsky, que a pesar del mate no había dejado de ser buen judío, la calmaba, asegurándole que, Dios mediante, el casamiento no llegaría a realizarse.

Aunque por otras razones, él también era contrario al matrimonio de Elisa con Bermúdez. Sostenía al respecto la antigua fórmula de los nacionalistas: «No podemos dejar de ser judíos, mientras los otros no dejen de ser cristianos». Y como en verdad ni él se creía un hombre libre ni tenía por tal a Bermúdez, hacía lo posible por inculcar a Elisa su filosofía.

—Mira—le decía una tarde, mientras la muchacha le cebaba mate:—Si te prohibo el casamiento con Carlos, no es por capricho. Tú sabes cuánto lo aprecio. Pero ustedes son distintos: han nacido en países opuestos, han recibido diversa educación, han rezado a distintos dioses, tienen desiguales recuerdos. En resumen: ni él ha dejado de ser cristiano, ni tú judía.

Otra vez agregaba:

—Es imposible. No se van a entender. En la primera pelea — y son inevitables las primeras peleas—te juro que tú le gritarás cabeza de *goi*, y él, a manera de insulto, te llamará judía... Y puede que hasta se burle de cómo tu padre dice «noive»...

Mas, tan inútiles fueron las sinceras razones del tío Petacóvsky como los desmayos frecuentes de Jane Guítel. La muchacha, ganada por el amor, huyó a los pocos meses con su novio a Rosario.

La fuga de Elisa acabó por romper los nervios de la madre. Dos semanas se pasó ésta llorando, casi sin probar alimento. Nada ni nadie pudo tranquilizarla. Al fin, por consejo médico, tuvieron que internarla en el *San Roque,* donde al poco tiempo moría, acrecentando el escándalo que la escapada produjo en la colectividad.

Con la muerte de Jane Guítel la muchacha volvió al hogar. Y tras de ella vino Bermúdez. Como si los dos fueran los causantes directos de esa muerte, lloraron lágrimas amargas sobre la tumba de la pobre mujer. El mismo Bermúdez, antes tan inflexible, renunciaba ahora a Elisa y consentía en que ella se quedara a cuidar del hermanito. Pero el tío Petacóvsky tuvo la honradez de perdonarlos y autorizar el casamiento a condición de que vivieran felices y para siempre en Rosario.

Después de hacerles notar a qué precio habían conseguido la unión, el tío Petacóvsky, contra el parecer de todos, resolvió seguir en su cambalache solo con su Daniel.

—Yo mismo — dijo — me encargaré de hacerlo hombre. Pierdan cuidado, no nos moriremos de hambre.

Y no hubo modo de disuadirlo.

* * *

Abandonado durante tantos meses, el negocio se había convertido del todo en un boliche de viejo, sin otra mercadería que esos libros y folletos españoles que se ve en todos los cambalaches. Pero como Jane Guítel ya no podía manifestar escrúpulos, y Elisa estaba casada y lejos, el tío Petacóvsky se dedicó de lleno a sus librotes, dispuesto ganarse el pan para su hijo. Ya no vivía sino por él y para él. Todas las mañanas se levantaba temprano, y después de preparar el mate, despertaba a Daniel. Ambos desayunábanse y en seguida se iban a la sinagoga, donde el chico decía *kádisch* en memoria de la madre. A las ocho, ya estaban los dos en la acera de la escuela, y mientras Daniel entraba a su clase, el tío Petacóvsky se volvía a abrir el boliche, que ya no cerraba hasta la noche. Y así lograron mantenerse durante seis largos meses.

Cuando en las vacaciones escolares el mísero tenducho dejó de producir para las reducidas necesidades de la casa, el tío Petacóvsky reunió unos cuantos muchachos judíos para enseñarles el hebreo. De esa manera, con la vuelta a su primitivo oficio, afrontó la penosa situación. Y a cualquier otro sacrificio estaba dispuesto, con tal de ver algún día hecho hombre a su Daniel.

Pero, por desgracia, el tío Petacóvsky tampoco pudo realizar este sueño. Ya se verá porqué.

* * *

Corrían los primeros días del año 1919. Una gran huelga de metalúrgicos habíase generalizado en Buenos Aires, y las noticias más inverosímiles acerca de una revolución maximalista, propagábanse de un extremo a otro de la ciudad. La tarde del viernes 10 de enero, el tío Petacóvsky estaba, como siempre, sentado junto a sus libros, tomando mate. Había despachado a los chicos más temprano, por ser víspera de sábado, y porque en el barrio reinaba cierta intranquilidad.

La calle Corrientes, tan concurrida siempre, ofrecía un aspecto extraño, debido a la interrupción del tráfico y a la presencia de gendarmes armados a mauser.

A eso de las cinco y media, un grupo de jóvenes bien vestidos hizo irrupción en la acera del boliche, vitoreando a la patria. Atraído por los gritos, el tío Petacóvsky, que seguía tomando mate, asomó la cara detrás de la vidriera, todo temeroso, porque, hacía un momento, Daniel había salido a decir su *kádisch*.

Uno del grupo, que divisó el rostro amedrentado del tío Petacóvsky, llamó la atención de todos sobre el boliche, y los mozos detuviéronse frente al escaparate.

—Libros maximalistas! — señaló a gritos el más próximo. — Libros maximalistas!...

—Ahí está el ruso detrás — objetó otro.

—¡Qué hipócrita, con mate, para despistar!...

Y un tercero:

—Pero le vamos a dar libros de «chivos»...

Y, adelantándose, disparó su revólver contra las barbas de un Tolstoi que aparecía en la cubierta de un volumen rojo. Los acompañantes, espoleados por el ejemplo, lo imitaron. En un momento cayeron, entre risas, todos los libros de autores barbados que había en el escaparate. Y en verdad, la puntería de los jóvenes habría sido cómica, de no fallar una vez y costarle con eso la vida al tío Petacóvsky.

* * *

Ahora el buen hombre debe hallarse en el cielo, junto a los santos, héroes y artistas que por su industria hicieron soñar a tanta gente en Buenos Aires. Y si es cierto que la justicia divina es menos lenta y más segura que la humana, ella ha de concederle, como a los elegidos, una gracia a su elección. Entonces, a buen seguro, como aquel *Bonchi calla* de I. L. Peretz, —(poetizado en el idioma de Maupassant en *Bonchi le Silencieux*)—que en circunstancias idénticas pidiera a los ángeles pan con manteca—el tío Petacóvsky ha de pedirles mate amargo para la eternidad.

LA PRINCESA SÁBADO

LA PRINCESA SABADO

El sábado, el buen sábado judío, ha puesto una figura de silencio en el corto pentagrama de calles del ghetto miserable y pintoresco».

Con estas palabras, soñadas para unos versos, me despierto. En el reloj acaban de sonar las siete. Igual que todas las mañanas, sin quererlo, me levanto para ir al colegio. Ya papá, con el *thales* (1) debajo del brazo, se ha ido a una de las sinagogas del ghetto. La suya, como él dice.

En vano — la costumbre — espero el te sentado a la mesa. Pero en casa no se hace fuego los sábados. Arreglo mis libros y salgo. Al pasar junto a la alcoba de mi madre, entro a saludarla:

(1) Túnica que usan los judíos casados para rezar.

—Buen día.

—Buen sábado — me responde ella entregándome unas monedas:

—Para el te, hijo.

Bajo a la calle. El ghetto está en silencio. La mañana es rubia, hermosa y judía... Ya la primavera se insinúa dulcemente en el sol y en el aire.

Al paso de los viejos que van a las sinagogas, a mis labios vuelven, cual fragmentos de una balada, las palabras del despertar... que, ahora, en la tranquilidad del ghetto, me parecen algo más que literatura.

Y para mis adentros, como evocando una música, repito: «El sábado, el buen sábado judío ha puesto una figura de silencio en el corto pentagrama de calles del ghetto miserable y pintoresco.»

* * *

Me encamino al colegio. Pero como tengo unas monedas, se me ocurre ir a buscarla a *ella,* que también a esta hora va a la escuela.

No tardó en decidirme, y en vez del te, tomo el tranvía para llegar más pronto.

Viajo inquieto en la plataforma mirando a todas partes.

Un compañero que pasa camino del *Nacional,* me descubre. Sospechando, sin duda, una rabona, me grita con sorna:

—Y van diez!...

—Iván XI! — le contesto con chiste fácil.— Adiós.

Por fin llego. Habrá entrado ya *ella?* No; ahí viene. Es rubia, hermosa y judía como esta mañana de sábado. Cuando pasa a mi lado, le digo:

—Quiero hablarte, Raquel.

Ella me hace una negativa con sus grandes ojos azules. Pero yo insisto hasta conseguir que doble la esquina «para que no la vean»... Y en un momento, es claro, la convenzo de la poca importancia de la Pedagogía...

* * *

Caminamos sin rumbo hasta llegar a una plaza solitaria. Tan solitaria a esta hora, que no se ve en ella más que a un Sarmiento de bronce... Y éste también parece intentar el vuelo.

Nos sentamos en un banco recóndito... Charlamos. Luego ella me pide versos. Versos? No me hago rogar y le recito propios y ajenos. Después, al paso de un viejo judío, infiero por el *thales* que lleva doblado debajo del brazo, que se dirige a una sinagoga. Me acuerdo que es sábado.

Con este motivo, pausadamente, para no equivocarme, le digo a Raquel: «La Princesa Sábado», de Enrique Heine:

. . . . . .

Flor y perla, su belleza
No admite comparación
Ni con la reina de Saba
Que amara el rey Salomón.

Ella celebra con una risa deliciosa cada una de las estrofas. Cuando termino, me felicita tendiéndome sus manos tibias y pequeñas, que yo retengo entre las mías hasta poder besarla. Ruborizada y sonriente, forceja por desasirse exclamando con sorna:

—¡Pero, Enrique, olvidas que no se puede besar los sábados!

Yo, también ruborizado (sin duda del rubor de ella) aprovecho su graciosa ocurrencia para decirle:

—Sí se puede, querida. Sólo está prohibido en los días de ayuno, sabes?, como en el día de... la reina Esther.

* * *

Comienzan a llegar a la plaza niños, niñeras y algunos mozos acompañantes. De pronto Raquel se levanta.

—Hasta mañana—me dice.—Voy a visitar a la chica de González que está enferma.

—Cómo?

—Sí; vive aquí, a la vuelta. Quiero aprovechar, ya que estoy.

Con ruegos intento detenerla. Pero caprichos de mujer, quién los domina? Se va, no obstante mi enojo y mi protesta. Me quedo solo, solo. Al verla alejarse me parece que la plaza—a pesar de los niños, niñeras y acompañantes—también se ha quedado sola como nunca...

Qué hacer? Volverme a casa? Todavía faltan dos horas para la terminación de las clases. Ah si ella se hubiera quedado!...

Paseo triste por las calles adyacentes a la plaza. Todo me fastidia: el pregón de los vendedores ambulantes, el ruido de los tranvías, las bocinas de los automóviles...

Qué hacer?

Aun a riesgo de que me encuentre algún pariente o conocido, me vuelvo al ghetto.

* * *

Sigo sublevado por la brusca partida de Raquel. Ya en el ghetto, una religiosidad antigua me llena el alma. Me siento sabático, aunque al mismo tiempo que en el viejo Jehová de ojos profundos, pienso en las diosas griegas de ojos celestes...

Al enfrentar una sinagoga—no la de mi padre—me vienen ganas de entrar. Sin pensarlo casi, escondo los libros y entro.

La sinagoga es pequeña y está llena de ancianos que llevan solideo y *thales*. Un rayo de sol se filtra por la abertura de una puerta y apergamina las túnicas blanquinegras con el oro de la mañana.

Como un huérfano que viniera a decir *kádisch* me acomodo en un rincón. Pero ya no siento el alma pura y fresca como en la infancia. El cantar solemne de los viejos despierta, empero, mi religiosidad. Y cuando todos se levantan a decir las oraciones cuotidianas, yo también lo hago para cantar con ellos:

«Bendito sea el Señor porque no me hizo mujer».

* * *

Ya estoy en casa. Mamá sirve el almuerzo, y el *chulent* citado en los versos de Heine, me parece hoy sabroso. Cuando acabamos de comer, papá se va a sestear, y mamá a leer algún capítulo sacro. Yo salgo a la calle por unas horas. Después, me vuelvo a preparar mis lecciones, a fin de estar libre el domingo.

Ya en mi escritorio, oigo hablar en la pieza de mi padre. Y es que, como todos los sábados, ha venido a visitarnos reb Elías. ¿Quién es reb Elías? Un viejo y curioso sephardita, que ha corrido mucho mundo y que, venido de la Palestina hace poco, está siempre en vísperas de volverse.

—Sí, me voy a fin de mes—dice a todos—cuando le preguntan y cuando no le preguntan. Pero quién sabe si algún día podrá irse de verdad.

Dejo mis lecciones para escucharlos. Reb Elías se lamenta por milésima vez de lo poco judíos que son «nuestros hijos» en la Argentina.

—A este paso—se queja—terminarán por hacernos afeitar las barbas y obligarnos a comer carne de cerdo.

Tras de las palabras de reb Elías, escucho los lamentos de mi padre:—Estos muchachos...

* * *

—¡Estos muchachos!...

Siento ganas de entrar a gritarles su error; a decirles que yo me siento judío, a pesar de todo; que tengo novia judía; que por la mañana he ido a una sinagoga y que he recitado versos sabáticos de un poeta que también fué judío, a pesar de todo... Pero me contengo. ¿Cómo justificar ante ellos la herejía que cometo haciendo los lecciones ahora?

—¿No tienes, acaso, todo el día de mañana?—me dirán en seguida.

Y hasta puede que, según su costumbre, reb Elías me pregunte:

—«O es más sagrado el domingo de los *goim* que el sábado judío»?

Sin embargo, con el sombrero encasquetado, como buen israelita, entro y saludo:

—Buen sábado. Buen sábado. Scholom aleijem, reb Elías.

De acuerdo a la fórmula, reb Elías me contesta:—Aleijem scholom.

Y en seguida comienza a hablarme de su viaje y de la Palestina. Pero ahora, en qué forma!

Su descripción de Jerusalem, salpicada de numerosas citas bíblicas, alcanza el colorido de una maravillosa página de *Las mil y una Noches.*

Escucho absorto sus proyectos de ir allá a educar a sus hijos en la Universidad Hebrea.

—No importa que ellos no recen como yo—me explica reb Elías.—Lo esencial es que conozcan los libros sagrados, sepan leer sus letras menudas y comprendan por qué son judíos y por qué es dulce morir en Jerusalem...

* * *

Cuántas horas han pasado? Tres? Cuatro? Mamá, entrando, nos anuncia que en el cielo asoman ya las primeras estrellas. Luego, acercándose a papá, le dice:

—Rubén, puedes encender la lámpara.

Hecha la luz, reb Elías se despide. Mamá le desea «una buena, fresca y alegre semana». Papá, en frase hebrea, hace extensivo el voto a todo el pueblo de Israel. Y reb Elías, con el tono que se usa en las noches de Pascua, nos dice:

—El año próximo en Jerusalem.

Y agrega:—¿Eh, nos encontraremos?

Papá suspira un quizá, doloroso como un imposible, y sale a acompañarlo.

Yo me vuelvo a mi cuarto. Al encontrarme otra vez frente a mis libros, doy en buscar las *Melodías Hebraicas,* y en alta voz leo las palabras milenarias con que Enrique Heine empieza el canto a Jehuda Halevy (Judá ben Samuel el Levita.):

Que la lengua se me caiga
Y la diestra se me seque,
Si algún día yo te olvido,
Oh amada Jerusalem!

DON HORACIO QUIROGA, MI PADRE

DON HORACIO QUIROGA, MI PADRE

QUE el título no es original? Ya lo sé. Y mucho me alegro que tú tampoco lo ignores, lector amigo. Esto me revela que estás al tanto de la bien inventada historia: *Miss Dorothy Philipps, mi esposa,* que cierra el magnífico libro *Anaconda.*

¿Conoces también a su autor? A don Horacio Quiroga? Cuánto me gustaría que así fuera! O que, por lo menos, hayas visto alguna vez, en retrato, sus famosas barbas... Esas nobles barbas de artesano, que le dan a Quiroga un vago aspecto de judío español.

Si lo será de veras?

Quién sabe! Pero a esa suposición debo mi cuento y el título. Si hay interés: Adelante!

* * *

Yo tuve hace dos primaveras — y no por motivos literarios, precisamente — una larga y feliz temporada de Horacio Quiroga. Vale decir: iba todas las noches con la misma asiduidad de un melómano al *Colón,* a casa del celebrado cuentista. Y por cierto que su amistad incomparable, supera, a mi juicio, todas las óperas.

La cosa, como se verá muy luego, tenía también otro encanto.

Quiroga vivía entonces en la calle Aüero, al 1500. Yo llegaba a su casa, invariablemente, a las nueve y media, después de caminar unas cuadras por Santa Fe, pues mi tranvía me dejaba en la esquina de Pueyrredón.

A esa hora, ya don Horacio había cenado y salíamos juntos para tomar el café. Después, a pie por la misma Avenida Santa Fe, nos llegábamos hasta el *Gran Splendid.*

Ahora bien, ir a un cine mundano con el autor de *Anaconda,* parece una paradoja. Pero deja de serlo, si se tiene en cuenta que Quiroga entiende todavía más de «estrellas» que de víboras... Y vaya si en las buenas noches del *Gran Splendid* hay algunas qué admirar! Casi tantas como en la pantalla!... O más: como en el mismo cielo!...

Una noche así, encontré yo en la platea, una que me deslumbró y que, gracias a la madre, pude en poco tiempo conquistar.

El acontecimiento fué realidad en los últimos días de octubre. Desde entonces, yo hablaba con mi chica todas las noches, en los intervalos.

Tratábase de una linda rubia de diecisiete años, blanca, fresca, de nombre y origen bíblicos... hija de un joyero judío por cuya puerta de negocio, en la calle Santa Fe, pasaba yo todas las noches cuando iba a casa de Quiroga.

El padre de la chica no debía ignorar mi idilio, pues aunque el viejo tenía luenga barba y miraba por unos anteojos de talmudista, debo declarar—sin que esto signifique jactancia de mi parte—que fomentaba mi entusiasmo por su hija...

Cada vez que yo pasaba con Quiroga—ya de vuelta para ir al *Grand Splendid*—me miraba de una manera tierna, casi acariciadora...

Tanto, que Quiroga, naturalmente enterado de todo, solía decirme:

—Debe guardarle intenciones.

Pero nada pasó en tres meses.

* * *

A mediados de enero, dejé de ir varias noches a casa de Quiroga y por lo tanto al *Grand Splendid*. No recuerdo ahora qué me pasó. Cuando volví—después de cuatro o cinco días—hallé a don Horacio con una extraordinaria noticia para mí.

Había sucedido la cosa más pintoresca de mi *flirt*.

Una noche — la segunda o tercera que Quiroga pasaba solo, camino del *Splendid*—el viejo joyero le hizo llegar por su dependiente una carta bajo sobre en blanco.

Quiroga debió imaginar en seguida qué podía ser aquello. Porque, no bien me tuvo a mano, me aseguró:

—Es una gran noticia. Léala.

Yo dudé un rato.

—No es broma, Quiroga?

—Absolutamente!

Con impaciencia desdoblé entonces el papel.

—Pero, amigo, si esta carta está en idisch. Cómo sabe usted de lo que trata?

Quiroga volvió a insistir:

—Lea no más, que yo me imagino lo que dicen estas patas de mosca.

Y se echó a reír.

No era para menos. La carta, literalmente traducida, venía a decir:

«Distinguido señor:

Hace ya algunos meses que tengo el honor de verlo pasar por mi casa con su hijo. Su porte me dice quién es usted, y aunque no tengo, querido señor, el gusto de conocerlo, estoy seguro de que usted es un buen judío, con toda la barba, tal como Dios manda.

Y como nosotros ya somos personas maduras, podemos hablar claro.

Debe usted saber, mi distinguido amigo, que su hijo—el mismo que pasa con usted todas las noches por mi negocio — se entiende, a Dios gracias, con mi hija, una santa y buena muchacha judía, criada en el respeto a la Ley, según las costumbres de una casa judía.

Y como su hijo, por lo que he podido ver, me parece también educado a la manera nuestra — pues cuando deja, como supongo, su comercio o profesión, lo va a buscar a usted y sale con usted; no solo, como los mozos criollos — me parece que los dos harían, Dios mediante, una buena pareja.

Con ese motivo es que yo me permito escribirle, seguro de que usted y su hijo no tardarán en visitarme. Es muy incómodo que los chicos tengan que verse en el cine. Mejor será en casa.

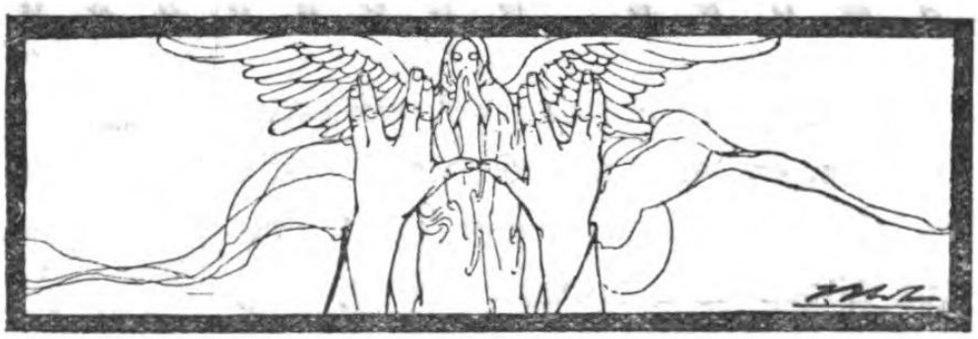
Puedo asegurarle, querido señor, que estarán ustedes en una casa de familia, una casa judía a la manera antigua, como la de nuestros santos antepasados. Y si Dios, nosotros y los chicos quieren, todo saldrá bien y bailaremos pronto un *alegre* como parientes...

Espero su contestación y una visita de los dos el sábado.

En tanto queden ustedes sanos y felices.

Hérsch Dúbin».

LA CRUZ



LA CRUZ

SONIA!... Sonia!... Dónde diablos te has metido, chica? Sonia!...

Así llama a su hijita una mujer judía desde el patio de su departamento.

Son las cinco de la tarde y como estamos en mitad del invierno, anochece.

La mujer — Sara es su nombre — acaba de bendecir las velas del viernes por la noche y ya ella y la casa están sabáticas.

—Sonia... Sonia... — continúa llamando doña Sara.

Nadie le contesta.

Al fin el frío la fatiga y entra, fastidiada, en su pieza.

—Has visto tu hermanita? qué sinvergüenza!— le dice en castellano a Rubén — chico de nueve años que hace poco llegara del Colegio hebraico y que ahora está tomando el te, el gorrito a la marinera encasquetado hasta las orejas.

Y añade en idisch:

—Parece que la llevara el diablo; siempre se está paseando esa chiquilina.

Rubén, ocupado en tomar el te, no le contesta. Por fin, cuando con un sorbo ruidoso y largo concluye, levanta la frente. (*General Belgrano* en letras doradas, puede leerse en la cinta de su gorrito). En seguida responde:

—Sonia debe estar con las chicas de Castro.

Y sacude las migas de su cazadora.

—No; qué esperanza!, me hubiera oído. ¡Si la he llamado durante media hora!

Pero Rubén, comprendiendo que la madre exagera, abre la puerta y sale en busca de Sonia.

* * *

Pasan cinco minutos y el muchacho regresa.

—He ido — dice — a los seis departamentos y en ninguno la encontré. Luego agrega:

—Me dijo la señora Teresa que le parece haberla visto salir con sus chicas para la escuela.

—Cómo! — se sorprende doña Sara — a esta hora en la escuela? ¡Otra vez a lavar los bancos con limón! No puede ser!

—¿Quieres que vaya a buscarla, mamá?—propone Rubén.

—No; iré yo — dice la mujer — y pregunta:

—Dónde está mi chal?

—Ah, en la otra pieza—se contesta ella misma—y va a buscarlo.

Al instante vuelve a entrar, cubriéndose la cabeza y los hombros con un grueso chal a cuadros, de esos que traen de Rusia las mujeres judías.

—Cuida del nene que está durmiendo—le dice a Rubén antes de salir. Y, ya en la puerta, se vuelve para recomendarle que tenga cuidado con las velas.

* * *

Unos minutos después de la salida de doña Sara, entra en la casa reb Sújer—su esposo—un pequeño judío de barbita puntiaguda, color garbanzo, galera negra y sobretodo azul,—que lleva debajo del brazo izquierdo una valijita de cobrador.

—Buenas tardes, papá — lo saluda Rubén, mientras esconde un cortaplumas y se cala el gorrito.

—Buen sábado, hijo—le contesta el recién llegado, y pregunta:

—Dónde está mamá?

—Se fué a buscar a Sonia; en seguida ha de volver.

En efecto, doña Sara no tarda en llegar arrastrando de la diestra a Sonia, una chiquilla pelirroja de hasta ocho años, que hace pucheros, frotándose los ojos con la mano libre.

—Oi vei is mir! Vei is mir!... Una desgracia nos ha pasado; una desgracia!—clama doña Sara, depositando su redonda humanidad en una silla y quitándose el chal.

—Qué pasa, mujer? Se vuelve a ella todo asustado, reb Sújer, mientras Rubén abre tamaños ojos de asombro.

—Oi vei is mir! Vei is mir — clama más fuerte, doña Sara. Nos han perdido nuestra hija—Dios mío, qué desgracia!

A sus gritos, despierta el nene en el cuarto contiguo y empieza a gimotear.

—Rubén, dice la madre — retorciéndose los dedos y suspirando. Vete hasta la cuna del nene.

Rubén obedece.

—Oi vei is mir!—qué desgracia!—vuelve a clamar la mujer.

—Pero qué pasa, Sara, qué pasa? — se impacienta reb Sújer.

—Nos han convertido a Sonia... Vei is mir, qué desgracia! Dios mío! Si supieras...

Y en tanto doña Sara explica a gritos, sin que su marido entienda palabra, cómo aconteció la desgracia, en el cuarto vecino el nene sigue llorando y llorando.

Por fin, a los insistentes llamados de Rubén, la mujer acude.

—Arréglate con tu hijita—le dice al marido antes de abandonar la pieza. Enséñale a ser cristiana con una buena paliza.

Sonia, que está acodada sobre el borde de un asiento, redobla su lloro ante la amenaza. Reb Sújer, un tanto alterado, los ojillos grises, brillantes y húmedos, mira el candelabro con las velas rituales y piensa en la sagrada placidez del sábado. Este pensamiento lo vuelve con dulzura a su hija.

—Dónde estuviste, Sóniale? Qué pasó? explícame—le dice, tierno, llevándola hacia sí.

La nena, tranquilizada por la voz del padre, le contesta:

—Nada, papito, nada—sin dejar de gemir.

—Pero, dónde estuviste, chiquita? Dónde te fué a buscar mamá?

—En la escuela, papito. Yo me fuí con Magda y Angélica a la clase de religión y vino mamá a sacarme.

Dicho esto, Sonia rompe a llorar de nuevo.

—Vamos, basta de lágrimas. Díme qué clase, dónde?

—En la escuela, papito, después que termina el turno de la tarde, viene un *padre* a enseñarnos el catecismo. Todas las chicas van y yo también.

Reb Sújer se lleva las manos a la cara.

—Pero no sabes—grita—que una hija de Israel nada tiene que ver con los curas ni con la iglesia. Con permiso de quién fuiste?

Ante el súbito cambio del padre la chica rompe de nuevo a llorar. Luego, apurada por el enojo paterno, ruega con una vocesita trémula:

—Perdón, papito, perdón.... Ya no voy a ir más.

—Es que nunca debiste ir! No faltaba más! Tu papá es israelita; tu mamá es israelita; tu hermano es israelita, toda tu familia es israelita... y tú vas a ser católica!... Dónde se ha visto?

—Si — dice Sonia — ya no iré más; pero yo me aburro tánto en casa. Los chicos de doña Teresa se van y me dejan sola. Doña Teresa los deja ir...

—Claro, porque ella es católica; pero tú no tienes nada que ver con Jesús. Oyes? Te prohibo que vayas, y acabemos...

Luego, como la chica no deja de llorar, reb Sújer, suavizando la voz, le promete hacerla estudiar el piano para que no se aburra.

Ante esa perspectiva la carita de Sonia se anima.

—Y me mandarás a un conservatorio, papito?

—Sí, chiquita.

—Al de *Santa Cecilia?*

—Sí, mi nena.

—Qué lindo, papito. Qué lindo! Te juro, que nunca más iré a la clase de religión.

Y para confirmar su juramento, Sonia extrae de entre las ropas de su pecho una gargantilla de la que besa una pendiente cruz...

AMOR Y HAMBRE

A Arturo Cancela.

AMOR Y HAMBRE

En casa de un mi tío político, vivía hasta hace poco tiempo el hombre más raro del mundo. Llamábase Federico Müller y ocupaba el cuartito que da sobre la azotea del departamento.

La familia de mi tío es reducida. Tres personas en total: mi tía Rosa, una devota de cuarenta años; mi prima Margarita, linda rubia de dieciséis, normalista; y mi primo Leonardo, que todavía está cumpliendo, en la Marina, el servicio militar. Pero no voy a salir hablando otra vez de mis parientes. Ni por un momento! Demasiado sé que antes mueve a curiosidad el hombre raro que nombré hace poco. De él, pues, hablaré en primer término, aunque luego, por excepción, de la hermosa Margarita, que, lo juro, vale la pena.

La descripción del habitáculo de Müller dará, a mi juicio, una idea exacta de él.

Era una pieza de tres por tres, no muy alta, de paredes empapeladas o pintadas. Eso no era fácil averiguar, porque se hallaban literalmente cubiertas de arriba abajo. En parte por retratos de sabios, escritores, poetas, músicos y artistas; y en parte por flechas, mapas, cueros, pieles, arcos, frisos, máscaras, tejidos, armas y otras mil cosas colgadas sin orden alguno, a la buena de Dios.

En el centro de la pieza había una gran mesa con varios cajones a medio cerrar, rebosando cosas y papeles. Sobre la mesa un sinnúmero de objetos incolgables: cacharros, piedras, huesos, bichos, estatuitas de barro, animales disecados, libros y cajitas de todos los tamaños.

En el ángulo izquierdo del cuarto se veía un catre con las cobijas revueltas, y en el otro ángulo con la misma pared, una estantería rústica, tan llena de libros, que parecía derrumbarse si no se entraba en punta de pie.

Junto a esta improvisada biblioteca, una silla oficiaba, al parecer, de ropero. De su respaldo y asiento, colgaban prendas de vestir. Más allá, en un rincón, dos cajoncitos de madera superpuestos, sostenían un calentador.

Por el suelo, bajo la cama, dos valijas, la caja de un violín, una palangana y una jarra de latón. Sobre el alféizar de la ventanita, varias macetas con plantas; y todavía, en la pared exterior, cinco o seis jaulas con pájaros, que cuando llovía, Müller entraba en su habitación.

Si a alguien se le hubiera ocurrido alguna vez hacer un inventario de los bienes de Müller, habría tenido que proveerse, antes de todo, de un grueso cuaderno, dividirlo en cien partes, bajo cien rubros, y asimismo, cuántas cosas no habrían quedado sin clasificar...

Todas las ciencias y todas las artes estaban representadas por algún objeto en el cuarto de Müller, y buena razón tenía la hermosa Margarita para llamarlo «El museo enciclopédico».

Pero no voy a hablar todavía de mi prima. Siguiendo su invariable método normalista, presentado el ambiente, corresponde hablar del hombre.

* * *

Federico Müller era alto como un granadero. Rubio, de pelo lacio echado en melena hacia atrás. Su cara correspondía a la clase de las que Turguéniev llama interesantes. Tenía las facciones proporcionadas, la frente amplia y rugosa.

Sobre la nariz, una nariz severa y noble, cabalgaban unos lentes pequeños, detrás de cuyos cristales asomaban unos ojillos verdes, muy expresivos. La boca era fina y regular; la cara alargada, lisa, sin barba ni bigote. De tez rojiza y fláccida, sus mejillas, un tanto caídas, denotaban menos salud de la que hacía suponer su enorme cuerpo. Usaba un traje gris oscuro de saco, a cuatro botones, casi siempre abrochados, y largos pantalones cilíndricos que cubrían la mitad de sus grandes botines.

Aunque aparentaba solamente treinta años, debía tener ocho o diez más. De origen judío, había venido de Rusia diez años atrás, para establecerse en una colonia agrícola de Misiones. Debió antes viajar o estudiar mucho, pues hablaba el castellano con la misma corrección que leía el alemán, el francés, el inglés y el latín.

Llegó a la casa de mi tío muy recomendado, y desde el primer día fué simpático a todos.

Hombre de pocas palabras, no dió ni se tomó confianza. Entraba y salía a cualquier hora. Lo mismo se le podía suponer fuera de la casa a las dos de la mañana que dentro de ella a las dos de la tarde. Hacía las cosas sin método, y al parecer cuando se le ocurría. Ora quedábase en su cuarto ocho días, ora se iba de él por quince.

* * *

A mi prima, desde un principio, el hombre le interesó sobremanera. Su curiosidad de muchacha excitóse con las rarezas del señor Müller. Cada vez que las circunstancias se lo permitían, burlando los cuidados de la madre, subía al cuarto del hombre y husmeaba por todos lados para saber lo que hacía en medio de tantas cosas.

Sus visitas, durante las ausencias de Müller, llegaron a ser tan frecuentes, que hasta se daba cuenta de cuando éste cambiaba de lugar un guijarro.

Siempre que yo iba a visitarla, me contaba maravillas de Müller.

—Vieras qué de cosas raras colecciona. Todo un museo! Ni en diez días puede conocerse... ¡Ah, debe ser un hombre superior, un verdadero sabio... un verdadero filósofo!...

Y su escaso saber de normalista, no hallaba palabras para expresar la admiración que sentía por Müller.

Yo me reía, diciéndole que no era más que un pobre judío transplantado a la Argentina. Uno de los muchísimos sabios *ratés* que hay en Europa. Pero Margarita no me hacía caso. Qué sabía ella lo que es un hombre *raté?*

Como una joven esposa llena de curiosidad, vigilaba a Müller en sus detalles domésticos. Así sabía cuándo eran menores las probabilidades de hallarlo; y casi todas las tardes, después de hacer sus deberes de la Escuela Normal, subía al cuarto del hombre, sin temor de ninguna especie, segura de que no estaba.

Por otra parte, de encontrarlo, pensaba, un paseo por la terraza, junto a las jaulas, lo disimularía muy bien. Y hasta le pasó eso una vez.

Se dirigía al «museo», cuando divisó desde la escalera, a Müller adentro. Entonces dirigióse a la azotea e hizo como que visitaba exclusivamente a los pajaritos.

Pero un día—siempre llega un día para estas cosas—el hombre que, desde luego, se habría dado cuenta de sus visitas, la sorprendió *infraganti.*

Fué un atardecer; Margarita se hallaba inspeccionando unas cajitas, cuando de improviso entró Müller.

Naturalmente, al verse sorprendida, no supo qué hacer. Se puso toda colorada y quiso irse sin decir palabra. Mas el hombre la detuvo, preguntándole con el tono más suave del mundo:

—Por qué se va, señorita? No ha cometido usted ningún robo, supongo...

La muchacha no pudo levantar los ojos. Müller tuvo que insistir:

—No tema usted, señorita. No soy ningún monstruo. Si le interesa alguna cosa, quédese.

Había tanta ternura en la voz de Müller, que Margarita lo miró atónita. Nunca habría sospechado en él tanta cortesía con una muchacha. Y a su insistencia, se quedó.

—Ante todo—le dijo—disculpe usted mi atrevimiento. He sido una impertinente. Me perdona?...

Con la misma ternura de antes, Müller le replicó:

—Pero si no tengo nada que perdonarle, señorita. Su curiosidad por estas cosas me halaga. El culpable soy yo, que he llegado tan inoportuno a la hora de su visita.

Margarita comprendió y se puso más colorada.

—Entonces usted sabía que...

Müller no la dejó concluir.

—Sí, yo sabía que a usted le interesaban algunas de estas cosas. Qué hay de malo en ello? Quédese y las conocerá todas. Es bien poca cosa.

El gesto de Müller era tan cordial y su sinceridad tan evidente, que Margarita resolvió quedarse, bien que recordando todo lo que podía costarle eso, si se enteraba de ello su mamá.

Müller desocupó en un segundo la silla que hacía de ropero, arrojando toda la ropa sobre el catre, y la ofreció a Margarita. Luego que ella la ocupó, él mismo se hizo lugar en una esquina de la mesa, y conversaron.

Margarita se hallaba un tanto cohibida y hacía esfuerzos por no mostrar que conocía las cosas de la mesa. Müller, que lo comprendía, empezó a hablarle de los retratos:

—Conoce usted a este gran señor?—le dijo señalándole un retrato que colgaba junto al de Beethoven.—Es el músico y químico ruso Borodin. Este otro, Baruj Spinoza, el filósofo. Aquel Goethe. El del lado...

—Homero—insinuó Margarita.

—No, otro griego tan grande como él: Aristóteles. Y uno a uno, Müller fué explicando los retratos. Luego la muchacha le hizo varias preguntas sobre algunos frascos con víboras en alcohol. Müller le respondió con precisión, dándole datos amenos sobre la vida y costumbres de los reptiles. Margarita no cabía en sí de asombro.

—Pero usted es naturalista—le dijo por fin.

—*Nichevó* — exclamó Müller.

(Siempre, en los momentos de incertidumbre, solía escapársele esta palabra intraducible de los rusos). En seguida se explicó:

—No, simplemente un estudiante, un *amateur,* como dicen los *sportsmen.* Nada más.

—Y todas sus cosas?

—Para estudiar.

—Ah, entonces es usted profesor.

Müller sonrió de una manera muy particular, una paradójica sonrisa de humorista:

—No, qué voy a ser profesor. *Nichevó!*

Y siguieron conversando, hasta que Margarita salió no sin comprometerlo antes, con un mohín lleno de gracia, a que la oyera tocar el piano.

* * *

Con gran sorpresa de mi tía, Müller bajó al día siguiente y estuvo con ellas toda la tarde.

Margarita tocaba el piano con gusto y el hombre la escuchaba con atención. Entendía bastante de música y hablaba de sus autores preferidos—de Beethoven sobre todo—con entusiasmo.

—Quién lo hubiera imaginado!—pensó mi tía mientras lo escuchaba: ¡Bajo esa apariencia de oso salvaje!

Pero desde aquella tarde, Müller no dejó de hacer su visita diaria a mi prima, que se declaró, —no sin motivo—su admiradora y discípula...

Y digo no sin motivo, porque desde entonces Müller le resolvía los problemas de álgebra y le explicaba las lecciones de Botánica con tal claridad según ella, que repitiendo en clase parte, no más, de lo que le oía, dejaba tamañitas a todas sus compañeras. Desde luego, mi tía estaba contentísima.

A veces—los domingos por la mañana—los dejaba ir al Jardín Botánico para que Müller pudiera explicarle, de paso, los ejemplares más exóticos.

La admiración de Margarita por su sabio crecía a medida que le tomaba confianza. Bien pronto llegó a convencerse de que era la amiga del hombre más sabio del mundo.

—Qué tienen que ver mis profesores con el señor Müller. Quedan todos chiquitos a su lado —solía decirle a la madre.

Y a través del cariño de la hija, mi tía empezó a sentir por Müller algún afecto, no exento de lástima. Lo que la ganó definitivamente, fué otro rasgo del hombre. A la tercera o cuarta semana, hablando de César Franck y de su célebre sonata para piano y violín, Müller entusiasmóse tanto con la unidad maravillosa de esa obra, que bajó la abandonada caja de su violín y empezó a ensayarla con Margarita.

Pero cuando, después de una quincena de ensayos, la admiración de madre e hija andaba ya pareja y Margarita sentía la necesidad de verlo y oírlo todas las noches, su extravagante sabio desapareció.

—Cómo? Adónde?

Nada pudieron saber de él a pesar del empeño de todos. Hasta mi propio tío, movido por Margarita, hizo lo que pudo, que era bien poco, por averiguar el paradero del «chiflado», como él decía.

Nada. Como si la tierra lo hubiera tragado. Todo fué en vano.

¿Y cómo averiguarlo, si en las conversaciones que mi tía tuvo con Müller, a pesar de sus muchas preguntas, éste no la había enterado, en lo mínimo, de lo que hacía? Siempre tenía su *Nichevó* enigmático cuando se trataba de una cosa concreta.

A Margarita sí le dijo una vez que era coleccionista del Museo y que dirigía unos anales universitarios. Pero no le precisó qué anales ni qué Facultad.

* * *

Pasaron varias semanas, y un día Müller volvió a la casa, naturalmente, sin dar explicaciones.

Madre e hija lo recibieron con alegría, pero el hombre las defraudó en sus expansiones.

Estuvo con ellas parco, y a las pocas horas, completamente mudo. Apenas si contestaba con un movimiento de cabeza a las preguntas—de más decir indiscretas—que le dirigían.

Mi tía decepcionóse en seguida. El sabio de su hija, aseguraba, se ha vuelto loco... loco. Porque de otra manera, cómo se explica que un hombre cambie tanto? Y bastante trabajo le costó a Margarita convencerla de que no tenía razón, que algo muy grave debía ocurrirle al señor Müller si estaba así.

Pero mi tía no quería convencerse.

—Está loco, completamente loco—repetía.

—Pero, mamá, puede haberle ocurrido una desgracia al señor Müller. ¡Vaya uno a saber!

Margarita lo defendía con tanto tesón, que cualquiera, oyéndola, aseguraría que estaba enamorada de él. Y en verdad que lo estaba, más de lo que él mismo quería.

Al día siguiente, Müller tampoco bajó a la sala. Pasaba de largo, como esquivando cualquier encuentro.

Su aspecto había sufrido una transformación total. Tenía ahora un aire tan de preocupado que podía tomárselo por un perseguido. *Nichevó*, la enigmática palabra rusa, era todo lo que decía.

Margarita sentía muchas ganas de interrogarlo: «—¿Qué le pasa, señor Müller? ¿Por qué tanta indiferencia?»

Pero no se atrevía, en presencia de la madre, resentida aún por la intempestiva actitud de Müller. Tampoco se animaba a subir al «museo», porque mi tía, como si sospechara alguna cosa, la vigilaba.

Cuidaba, eso sí, al hombre, y procuraba saber lo que hacía, cuándo entraba y cuándo salía de la casa.

Un librero, al tanto de la admiración que Margarita sentía por Müller y del interés que demostraba por todo lo que se refiriese a él, la informó que el sabio le había comprado papel en blanco, agregando, después, por su cuenta, que Müller debía de estar enfermo porque llevaba unos remedios.

Con esta noticia, la inquietud de Margarita aumentó, y aquella misma tarde resolvió visitarlo.

Simulando correr desde la escalera una soga que para colgar ropa había en el patio, pudo ver a Müller, sentado en la cama, escribiendo. Tentada estuvo de subir sin contemplaciones; pero no se arriesgó, temiendo que lo advirtiera la madre, quien en ese momento salía de la cocina.

Cómo arreglarse? Excedida de curiosidad, Margarita escribió unas líneas y volvió a arreglar la soga para tirarlas al cuarto de Müller.

La esquelita decía:

«Estimado señor Müller: Mucho me aflige pensar que está usted enojado conmigo. Me han dicho que se halla usted enfermo y lo acabo de ver desde la escalera, escribiendo. ¿Por qué no quiere vernos? Si puede, mucho me gustaría que baje esta noche. Vendrá? Lo espero.—*M.*»

* * *

Mi linda prima estaba segura de que a la noche su sabio bajaría. No dijo nada a la madre; pero lo esperó en la sala, tocando el piano hasta las nueve y media. Después, al ver que no llegaba, salió al patio y paseóse, taconeando, bajo el cuarto de Müller: *Toc... toc... toc...*

Mas éste, al parecer, no se daba por aludido.

La inquietud de Margarita llegó a la desesperación. Aunque sabía ya que Müller estaba enfermo, no se le ocurría pensar que pudiera estarlo tanto como para no poder bajarse de la cama.

A las diez, todos se acostaban en la casa de mi tío. Margarita, muy nerviosa, estuvo durante una hora dando vueltas en el lecho sin poder dormirse. Maquinaba un proyecto temerario y no se atrevía a ponerlo en práctica.

A las once — segura de que ya sus padres dormían — vistióse sin hacer ruido y se dirigió en punta de pie al cuarto de Müller. Trepaba las escaleras sin dificultad, porque el cuarto estaba iluminado. Además, la noche era clara y las estrellas parecían sonreírle con sonrisas de luz cada vez que ella levantaba la cabeza al cielo, temerosa de alarmar con un traspié.

Paso a paso, sigilosamente, fuése acercando. Al divisarla en el vano de la puerta, Müller le sonrió con una mueca de tristeza. La muchacha se detuvo unos instantes antes de entrar. Ya adentro, saludó al hombre con su acostumbrado mohín; pero no pudo hablar. Müller, bajo el dominio de una emoción semejante, le extendió la mano y balbuceó:

—Muchas gracias, Margarita. Es usted un ángel.

Los ojos le brillaron de una manera extraña; intentó proseguir:

—Sí, Margarita. Usted...

Y se interrumpió, dejando caer la cabeza sobre el pecho.

Margarita palideció. Estaba a punto de echarse a llorar ante el aspecto de su querido sabio; pero supo dominarse. Sobrevino un silencio angustioso. Después Margarita se atrevió:

—Qué le pasa, señor Müller?

El enfermo volvió sus ojos a ella con una expresión de dulzura indescriptible.

Margarita no pudo más y echóse a llorar. A los ojos de Müller también asomaron unas lágrimas, pero reaccionó en seguida, y sonriendo para disimular su confusión, hizo sentar a Margarita a su lado y le habló como sólo un enamorado puede hablar a su novia. La enteró de su última excursión a las provincias, de un puesto que le habían quitado en la Universidad, de una antigua dolencia que lo atacó a su regreso; de su afán por terminar un libro de Botánica para los niños, que era el sueño más inocente de su vida...

De todo, en fin, menos de su hambre. Y en verdad que era heroico callarlo junto al cielo del amor.

Margarita lo escuchaba sin pestañear, pendiente de cada una de las palabras que pronunciaba. Ni por un momento ocurriósele pensar que junto a ella su sabio pudiera morirse de amor y hambre...

—Sí — continuó Müller — soy un hombre al agua... Ahora ya es tarde para...

De pronto se interrumpió. Un ruido metálico llegó hasta arriba: era el golpe del ascensor al detenerse frente al departamento.

Margarita recordó que su hermano volvía franco, y sin despedirse, salió apresurada, antes que él entrara.

Durante el resto de la noche no pudo dormirse. Más que la enfermedad de Müller, la preocupaba lo que éste le había dicho de manera tan extraña. Trataba de explicarse la vida de su sabio y su inquietud. Luego pensó en la obra que estaba terminando, en si ella la podría leer, en si era como un libro de escuela... y ya de madrugada se durmió.

* * *

A la mañana siguiente, como era domingo, mi prima se levantó tarde. Los pájaros de las jaulas de Müller cantaban al sol no obstante la falta de alpiste.

Después de almozar, mi tío y Julio salieron y las mujeres quedaron solas. Margarita tocaba el piano, pensando qué hacer; si decir o no a la madre que el señor Müller estaba enfermo. Temía que ésta le preguntara cómo se había enterado, cuándo y por quién... Al fin, después de meditar un largo plan para «no dejarle adivinar nada», Margarita enteró a mi tía de que el librero le dijo que el señor Müller estaba enfermo, y que ella misma había notado que ya hacía dos días que el hombre no abandonaba su cuarto.

Mi tía no se sorprendió.

—Bah—le dijo.—A veces se pasa una semana sin salir. Allá se las arregle, que a mí no debe importarme.

—No, mamá—insistió Margarita — esta vez debe estar enfermo de verdad. Se lo ha dicho al librero, que lo vió con unos remedios.

—Qué remedios — replicóle mi tía. — Serían esos frascos con bichos que él trae y lleva siempre. Pero Margarita insistió tanto afirmando que ella tenía un presentimiento, esto... aquello... que la madre dióse por convencida.

Entonces la muchacha se atrevió a proponerle:

—¿Por qué no subes a verlo, mamá?

Más bien no lo hubiera dicho, porque mi tía, furiosa, empezó a sermonearla:

—Después que nos ha despreciado con su *Nichevó* estúpido! No faltaba más! Eso sería como ir a pedirle:—Señor Müller, por favor, háblenos, díganos lo qué le pasa. Tenemos mucho interés.

—¿Sabes entonces lo que podrías hacer, mamá? Llamar a un médico para que lo vea.

Mi tía se resistió un poco; mas a los ruegos de su hija, consinstió al fin en llamar a uno de la «Sociedad». Margarita misma le habló por teléfono, y el médico prometió concurrir al día siguiente por la tarde.

* * *

Al otro día, lunes, mi prima pensaba faltar a la escuela para hallarse presente cuando viniera el médico; pero la madre no le permitió. Sabía que la escuela realizaba una excursión y no quiso que Margarita la desaprovechara.

Mi prima alegaba:

—Pero si yo no tengo ganas de divertirme, mamá. Por qué quieres que vaya?

—Tienes que ir como todas. Ya te vendrán las ganas.

Y Margarita, después del almuerzo, tuvo que ir.

Mi tía esperó al médico hasta las dos y media; pero como éste no llegara, salió un momento a hacer compras.

En tanto, Müller quedó solo en la casa. Estaba en su cama, completamente demacrado, translúcido; pero tranquilo, resignado. Esperaba que la muerte lo visitara de un momento a otro. Había pasado una noche y una mañana terribles, y ahora sentíase mejor.

Desde las dos de la tarde, sentía un ligero alivio y lo aprovechaba para releer unas cartas que había escrito. Mientras las releía, pensaba con buen humor que tal vez tendría que cambiarles la fecha...

A eso de las cuatro y media, oyó sonar con insistencia el timbre del departamento. Aguardó unos minutos, esperando el ruido que hace la puerta al abrirse; pero el timbre siguió sonando. No pudo dominar sus nervios. Luego, sospechando que fuera Margarita (solía volver a esa hora) se vistió en unos segundos y envuelto en un amplio poncho criollo, salió a recibirla.

Bajó las escaleras con algún esfuerzo y se dirigió a la puerta.

El timbre siguió sonando. Por fin abrió.

No era Margarita, sino un señor alto y grueso.

—¿Está la señora?—preguntó.

—No, señor.

—Yo soy el médico de la Sociedad. La señora me avisó ayer por un enfermo. ¿Cómo, no está nadie en la casa?

—Así parece.

El médico contempló a Müller con una mirada extraña. La cara del sabio con sus pómulos eslavos en relieve y sus ojillos hundidos no debió parecerle muy bien; pero no se atrevió a interrogarlo, notándolo tan seco en la expresión y sobre todo tan raro con aquel poncho.

—Bueno—concluyó—me habré equivocado.

Y saludando se fué.

Müller retornó a su cuarto. Detúvose varias veces en el patio a contemplar el cielo. Ya en la escalera, sintió una puntada en el corazón. Volvió a detenerse en el descanso superior y se arrastró hasta dentro. Con mucha dificultad se desvistió, se metió en la cama, y se murió.

EPÍLOGO

Mucho sorprendiéronse mis parientes al ver en los diarios del siguiente día algunas noticias sobre la muerte de Müller. A Margarita, en medio de su dolor, sirviéronle de gran consuelo. Después de coleccionarlas cuidadosamente en un cuaderno, se las leyó una a una a la madre. Y cuando,

por la noche, yo volví del entierro, diciéndole que el director del Museo de Historia Natural habló en la tumba de Müller, no pudo reprimir las lágrimas. Entonces fué cuando me hizo la confidencia de su amor: todo lo que he contado a mi manera.

Ahora son muchos los que pretenden casarse con Margarita; y el primero yo, que siempre la tuve por hermosa. Si algún día llego a realizar tan dulce propósito, prometo desde ya hacer una lujosa edición de la Botánica que, naturalmente, Müller le dejó dedicada.

VANIDAD DE VANIDADES

VANIDAD DE VANIDADES

Por qué los esposos Fischer oponíanse al noviazgo de su hijo Arnoldo con la señorita Rosa Lérman, no es un secreto para usted. Pero cuál fué el resultado de esa oposición, y en qué acabó todo, no lo sabe nadie más que yo.

El que así me hablaba era un joven abogado, de cepa judaica, amigo común de los Fischer y mío.

—Tratándose — dije — de un chisme literario (Arnoldo Fischer es poeta) cuéntelo.

El hombre esbozó una sonrisa y luego de acomodarse los lentes empezó su relato de esta manera:

—Como usted sabe, los esposos Fischer son ricos y Arnoldo hijo único. Natural, pues, que, siguiendo la costumbre de los ricos, impugnaran ellos a la señorita Lérman por ser pobre. Claro que sin confesarlo.

Doña Rebeca, la madre de Arnoldo, alegaba hipócritamente que su hijo era todavía muy joven para pensar en noviazgos; que ya tendría tiempo de hacerlo cuando se recibiera de médico. Y don Jaime, el padre, que tramaba su oposición en silencio, sin tomar el caso del hijo muy en serio, decía socarronamente a su mujer:

—No te aflijas. Ya verás cómo aquí no va a pasar nada.

Para acabar salmodiando:

—Hasta que Arnoldo pueda casarse con su Rosita, tiene tiempo de hacerse mozo el Mesías...

Sin embargo, la señora no dejaba de disputar con su hijo por cualquier motivo, pertinente o ajeno al noviazgo.

En vano Arnoldo elogiaba la belleza y las cualidades morales de su novia. La madre no quería convencerse. Ella que soñaba para su hijo una chica de apellido y posición en la colectividad, no podía resignarse a una señorita maestra —bonita es cierto—pero pobre y con la carga de padres ancianos qué sostener con su trabajo.

Ahora bien, las oposiciones familiares, cuanto más decididas, son de mejores consecuencias: Producen la angustia de los enamorados... Justamente lo que le sucedió a nuestro amigo. ¡Es tan natural querer aquello que nos prohiben!

Sonreí ante la conclusión filosófica del abogado. Este, atento al hilo de su relato y al acomodo de sus lentes; interpretó mi sonrisa como un síntoma de escepticismo.

—Ah, no cree usted—me dijo.—Pues buena prueba tiene para convencerse en *El Harpa de David,* ese precioso libro de versos que acaba de publicar Fischer.—Lo conoce usted?...

Y antes que yo pudiera contestarle, continuó:

—Pero no precipitemos las cosas; vayamos por partes. Le decía a usted que la decidida oposición de la madre le había servido a nuestro amigo de estímulo. Así fué.

Como la señorita Lérman y Arnoldo se querían de veras, nada pudo contra ellos la aristocrática ambición de la vieja Fischer. Todos los días se encontraban en la calle, concurrían a conciertos, visitaban exposiciones o paseaban simplemente—como buenos enamorados—por el Jardín Botánico.

—Y los padres de la señorita Lérman, no se enteraron?

—Sí, lo sabían. Alguna vez, de regreso, Arnoldo llegaba hasta la casa de su novia. Pero, desde luego, ellos—como buenos pobres—no creían inconveniente que su hija se casara con un muchacho de familia acomodada. Encontraban, sí, muy joven al novio.

—Es un muchacho en cuya palabra no se puede creer del todo—decía a la hija el viejo Lérman—pero en manera alguna para disuadirla. Eso sí, no le agradaba que los novios se vieran en la calle.

La esposa le ayudaba:

—¿Acaso, le importa a la gente que tengas novio? Mejor es que se vean los sábados en casa. Y un día los viejos Lérman triunfaron.

Desde entonces Rosa y Arnoldo—como novios oficiales—se encontraban en la casa, solamente los sábados.

Por cierto que el amor no decreció con esta limitación. Al contrario: las pruebas de su existencia real aumentaron en uno o más poemas por ausencia... Pronto Arnoldo llegó a tener, sin darse cuenta, el número suficiente para hacer un libro. Un libro o más, porque le aseguro que él nunca dejaba de llevarle versos a su novia.

—¿No le parece—interrumpí—que habría sido mejor alternar con una caja de bombones?...

—No crea — continuó el abogado — un novio poeta entusiasma a las chicas. Un novio que les lleva versos en vez de bombones, no es un novio vulgar. Y más a los ojos de la señorita Rosa.

Para la señorita Rosa, los versos de Arnoldo eran la gloria misma. Copiábalos con la mejor letra, los clasificaba, los aprendía de memoria—*par coeur*—como dicen los franceses...

Cuando un poema de Arnoldo aparecía en alguna revista, ella era la primera en enterarse Y soñaba casi tanto como él, con el primer libro dedicado exclusivamente a ella. Arnoldo, orgulloso de sus versos y de su novia, sentíase en el mismo cielo.

—Lástima de nubarrones domésticos—volví a interrumpir, aprovechando la metáfora.

—¡Ah! de no ser por esas nubes caseras—siguió el abogado sin hacerme caso—¿cree usted que a nuestro amigo le habría parecido tan brillante la estrella de su cielo? ¿No ve usted que esas pequeñas tormentas atizaban su fuego interior?

En verdad, las rencillas provocadas por la madre causábanle dolor. También el verse sin dinero y sin poder lucir, como al principio, a su novia, lo lastimaba. Pero no bien estos inconvenientes desaparecieron por obra y gracia de don Jaime, todo fué para peor.

Porque, abreviando, debo decirle que a los seis meses las cosas cambiaron totalmente. El viejo Fischer — lo conoce usted? — no tiene pelo de tonto. Cuando vió que las rencillas entre madre e hijo iban tomando un matiz de tragedia y que los versos de Arnoldo se multiplicaban en las revistas, hizo, como buen estratega, callar a su mujer.

—Deja el asunto en mis manos—le dijo—verás cómo lo resuelvo en seguida.

El viejo Fischer, a fuer de buen judío, sabía ocupar una posición salomónica en los asuntos. Sostenía que en los pleitos conviene siempre más ser juez que parte. Y él era siempre juez.

—Se ríe usted? El viejo Fischer sabe hacer las cosas. El día que descubrió en la mesa de Arnoldo el cuaderno copiado con tanta prolijidad por la señorita Lérman; cuaderno en cuya primera página se leía en grandes letras góticas:

ARNOLDO FISCHER

EL HARPA DE DAVID
(Poesías)

vió en seguida la solución del noviazgo. Porque si bien don Jaime no leía en los diarios otra cosa que «la política» y confesaba entender un ápice

de literatura, conocía, sin embargo, el punto vulnerable de los poetas. A él mismo — contrariamente a lo que suele ocurrir a los padres— le halagaba que su hijo paseara por las revistas su oscuro apellido de emigrante. Por eso, después de insistir en el silencio de su mujer y de brindar a Arnoldo algunos elogios, no tardó, mediante fina diplomacia, en ofrecerle el dinero necesario para editar el libro.

—A condición de qué?... Eso no tuvo don Jaime necesidad de estipularlo, ni yo de decirlo.

La verdad es que desde la misma tarde que el viejo Fischer llevó a Arnoldo con el libro a la imprenta, (tal una madre amorosa frente al desliz de una hija, se me ocurrió a mí) el poeta dejó de visitar la casa de la novia. Y un mes más tarde, casi al mismo tiempo en que aparecía la preciosa edición del libro, se supo el abandono definitivo...

Dicho esto, el abogado hizo una larga pausa, se quitó los lentes y me interrogó con los ojos desnudos:

—Qué le parece a usted?

Quise eludir la respuesta con otra pregunta y dije a mi vez:

—¿Cuántos literatos en las mismas circunstancias que Arnoldo obrarían de modo distinto?

Mi amigo volvió a calarse los lentes y con gravedad, como quien pone fin a un discurso, remató:

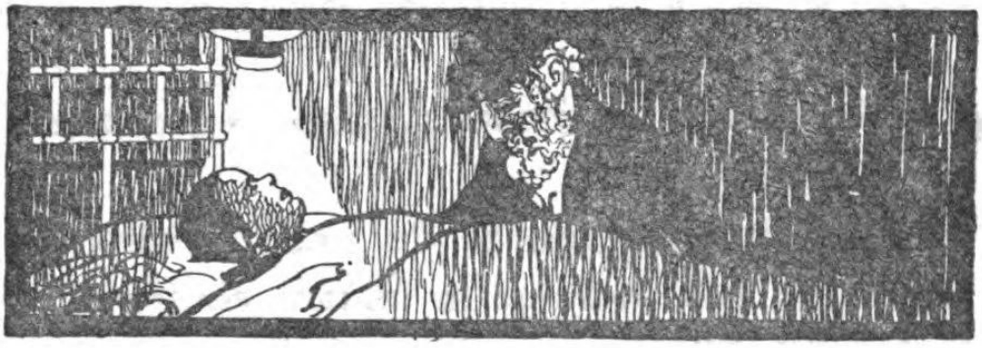
—Cumplida verdad! No dijo Cicerón: Hasta los filósofos que escriben libros sobre el desprecio de la gloria ponen en ellos su nombre?...

Contagiado, sin duda, por el tono elocuente de mi amigo y el peso en oro de su cita, repuse:

—Es cierto. Cuando somos jóvenes, creemos que el universo y la vida dependen de las sílabas que nosotros contamos; preferimos el cascabeleo de nuestros versos, a la clara risa de la novia. Nuestro nombre público, antes que el de ella, casto... Nuestras pobres rimas a sus dulces besos. En un montón de palabras ciframos nuestra gloria... ¿Afán de nombradía, honores, ruido?...

Bien dijo el Eclesiastés: Vanidad de vanidades, y todo vanidad.

LA MUERTE DE BETCI



LA MUERTE DE BETCI

El caserío de Villa Mauricio — nueve o diez ranchos de madera perdidos en un lejano rincón de Lanús — duerme con su media docena de familias judías en la obscura noche otoñal. Sólo en la casita de Kópel Bénder, el viudo, una lámpara de querosene refleja a través de la ventarola algunas estrías de luz. Y es que Betci, su hijita mayor, que hasta el jueves pasado, una semana justamente, hacía la madre de Yánquele, se halla ahora gravemente enferma. Tan gravemente, que por la tarde el médico del pueblo la desahució. No obstante esto, el pobre padre todavía espera un milagro. Arqueado como un interrogante sobre la cama de la chica, le sostiene la cabeza lánguida, cuya frente mojada en sudor seca con una toalla.

Fiel a sí mismo, piensa: ¿Acaso no depende todo de Dios?

Y en su arraigada fe de judío devoto, está seguro de que nadie se la quitará contra la voluntad del Altísimo.

Bajo las cobijas, el cuerpo encogido de la pequeña finge otro interrogante. Por momentos, con voz enronquecida por la fiebre, se queja:

—Agua, papito, agua!...

Y su respiración se hace más dificultuosa con la súplica.

El padre, que sabe bien que le está prohibida el agua, la consuela con palabras frescas y húmedas como de miel.

—Mi querida nena — le dice — pronto estarás sana y tomaremos licor. ¿Te acuerdas del licor que hiciste con las guindas? Qué rico era! Y cómo le gustó a Yánquele! No bien te sanes, compraremos otra vez guindas y harás un nuevo licor. No es cierto?... Pero ahora no se puede.

La chica lo mira con una fijeza de alta fiebre, que avejenta su linda carita de trece años. Luego vuelve a balbucir:

—Agua, papito, agua!...

Y el padre, con una ternura de que sólo es capaz un hombre en los momentos supremos de la vida, prolonga sus palabras de consuelo:

—Mi nena, mi querída nenita!, mañana estarás sana, y te daré agua. Ahora no se puede tomar nada, nada, nada.

La voz del hombre se va tornando cada vez más tierna y más húmeda. Tanto, que acaba por hacerle levantar los ojos al techo para reprimir las lágrimas.

Seis noches seguidas junto al espectro de una pulmonía galopante, acaban por rendir a cualquiera. Pero el corazón de un padre encuentra en esos casos fuerzas insospechadas. De ahí que Kópel Bénder pueda mantenerse todavía en pie. Cierto que le ayuda su condición de creyente; de hombre que está seguro de su Dios, el dios que salvó a Moisés del agua... Pero su inquietud paterna no se diferencia de la de ningún padre. Porque, en resumen, ¿qué diferencia existe en esperar que el remedio nos venga del cielo o del azar?

En el caso de Betci, gracias a una o a otra deidad, la reacción parece producirse con el amanecer. Mejor dicho, se produce con el amanecer. Viéndola mejorada, el pobre hombre ya se dispone a pronunciar la oración de gracias. Pero tras de esta mejoría fatal, la muerte no tarda en presentarse, y la oración de gracias se convierte así en lamento fúnebre.

Rígida, bajo las colchas, el cuerpo de la muertecita es ahora una grande interjección, signo fiel del asombro que expresan sus ojos abiertos, justamente bajo el resplandor de la lámpara.

Junto a la cama, el hombre la contempla angustiado, pero sin una lágrima... Luego, de acuerdo con el rito, empieza a musitar el rezo correspondiente:

Baruj daien emes...

* * *

Al quejumbroso eco de la oración, Yánquele se despierta en el cuarto contiguo. Es un chiquillo de once años, un tanto raquítico, con unos ojos de ratón que parecen estar siempre asombrados.

—Papá! Papá! — grita desde la cama.—Cómo está Betci?

El padre no le contesta. Y cuando el chico, todavía a medio vestir, quiere entrar en la pieza, le cierra piadosamente la puerta. Mas, en una casa donde los chicos han visto una vez el espectro de la muerte, resulta difícil engañarlos. Por eso Yánquele se echa al suelo y rompe a llorar, seguro de que su hermanita está muerta...

* * *

Minutos más tarde, entra en la casa doña Débora, una vecina alta y gruesa, que acostumbra a cuidar de los hijos del viudo.

—Maldito barro! — protesta cuando llega al corredor.—Ya no se puede caminar!

Y cuando descubre a Yánquele llorando en el suelo, lanza el grito típico de las mujeres judías:

—Oi véi is mir!... Una desgracia!...

A los gritos de la mujer, el pobre viudo asoma su barbado rostro y, con el índice sobre los labios, hace un desfallecido signo de silencio. Pero doña Débora, como si no lo viera, se arroja sobre la la cama de la muertecita, redoblando su lloro y sus lamentos. Yánquele también entra en el cuarto y, sacudido por el llanto de la mujer, gime su desgracia en una forma desgarradora. Frente a ellos, anonadado por tanto dolor, el pobre viudo se esfuerza en sacarlos de la pieza. Como buen judío, está seguro de haber hecho todo lo que podía antes de que llegara la muerte. Por eso dice ahora, resignado:

—Ya no se puede hacer nada! La voluntad de Dios se ha cumplido!

A duras penas doña Débora sale seguida del chico.

Media hora después, las seis familias judías de Villa Mauricio se enteran de la desgracia. Los hombres, trabajadores todos, se dirigen, igual que siempre, a sus tareas. Las mujeres, sin excepción, se llegan hasta la casucha.

Una vez adentro, forman un raro coro de lamentaciones. Claman:

—Ayer la madre y hoy la hija! Primero la reina, después la princesa! Tras de la rama la flor... Dios mío!, dónde está tu misericordia? No eres, acaso, todopoderoso? Cómo dejas, entonces, a un infeliz padre en tal situación? ¿Qué será del pobre chico?...

Y los lamentos y las interrogaciones se suceden sin sentido, pues las mujeres hablan llorando y sin atenderse.

A todo esto—concluídos los rezos de la mañana — Kópel Bénder sale a buscar su birloche.

Como la vez pasada, cuando murió su mujer, sabe que él mismo tiene que ir a gestionar los papeles, que no son pocos, para conseguir un rincón en el cementerio judío de Buenos Aires.

Así es que, una vez atado el birloche, ruega a las mujeres el cuidado de la muertecita, y, después de recomendar a Yánquele que no llore, porque es pecado llorar, parte en la destemplada mañana sin sol.

* * *

De Villa Mauricio a la estación Lanús hay una distancia de cinco o seis kilómetros que, con buen tiempo, se recorre en una hora. Pero que después de una lluvia, no se puede hacer en menos de dos. Eso, si las ruedas del vehículo se encajan en todo el trayecto una sola vez. Cosa que, como se sabe, depende por entero del conductor. Y a este respecto, el ánimo de Kópel Bénder no está como para castigar a nadie, y menos a una bestia.

Sentado en el pescante del birloche, el hombre deja que el caballejo lo conduzca al paso, mientras él, con los ojos bajos y la encanecida barba doblada sobre el pecho, ordena en su cabeza los trámites que debe cumplir.

Necesita, ante todo, ver al médico por el certificado de defunción. Luego, llegarse hasta la Municipalidad de Avellaneda para gestionar el permiso de tránsito a la Capital. Después, conseguir que la administración del cementerio le asigne una fosa. Por último, comprar un féretro y volverse a Lanús. Todo esto antes de que se haga de noche, porque es víspera de sábado y él no puede, por ninguna cosa del mundo, violar la sagrada ley.

Cuando llega a la estación de Lanús ya son cerca de las once. De acuerdo con su plan, se detiene frente a la casa del médico y entra a pedirle el certificado. Por suerte, no tiene que esperar, y al momento puede proseguir su viaje hacia Avellaneda. Ya sobre el empedrado, en la calle Pavón, apura la marcha. Mas, al llegar frente a la forrajería de don Ramiro, vuelve a detenerse. Y es que ha olvidado el pienso del caballo, en cuya compañía tiene, sin embargo, que hacer tantas cosas. Baja, pues, por un momento, carga unas brazadas de alfalfa, y, después de cambiar algunas palabras con el dueño, retoma las riendas subiendo al vehículo. Pero don Ramiro, enterado de la desgracia del pobre «ruso», no lo deja partir sin preguntarle por qué no entierra a la chiquilla en Lanús.

—¿Acaso — le dice — no es lo mismo? Yo le puedo dar una mano. Conozco al administrador del cementerio.

Y el judío tiene que explicarle desde su carro:

—Es que los israelitas no podemos enterrar nuestros muertos junto a los cristianos. Para eso tenemos un cementerio propio en Liniers.

Don Ramiro no parece convencerse e insiste que para la chica ya es lo mismo Lanús que Liniers.

Y sólo cuando el viudo aduce la razón de que allí, en Liniers, Betci dormirá junto a la madre, el criollo parece conmoverse. No está del todo convencido de que eso tenga importancia, pero concluye:

—¡Dios le ayude! Será como usted quiera.

Sin más, con un gesto que parece expresar: «usted no sabe lo que esto del cementerio significa para un israelita», Kópel Bénder se marcha calle Pavón abajo.

En Avellaneda consigue sin dificultad el permiso necesario. Ya tiene, pues, los dos certificados principales. Ahora sólo necesita que en calidad de pobre le cedan un lugarcito en el cementerio.

Pasa una hora y ya está en la sociedad. Expone su caso: un pobre viudo a quien se le ha muerto la hija única. Luego presenta los papeles, y dice que él mismo se encargaría de llevar a la muertecita el domingo por la mañana.

Inútil. Como no es socio, no pueden concederle la autorización.

Razonan así:

—Hace menos de un año lo hemos favorecido; así que ahora resulta imposible... Sólo el presidente o el secretario puede hacerlo. Vaya Vd. a buscarlos.

Y el pobre viudo tiene que perder toda la tarde en correr de la casa del presidente a la del secretario, hasta conseguir que lo favorezcan de nuevo...

Por fin, a las cuatro y media de la tarde, después de comprar un pequeño féretro, puede emprender el regreso con todos los papeles en forma.

—¡Bendito sea el Altísimo!—agradece a Dios en el corazón, mientras apura el caballo porque es tarde y tiene que llegar a Villa Mauricio antes de que aparezcan las primeras estrellas.

* * *

Viaja inquieto. Como el tráfico de las calles es profuso, el tiempo que pierde en salir adelante resulta larguísimo. Un temor de llegar tarde, después de encendidas las primeras luces, lo angustia. En sus treinta y siete años de vida, es esta la primera vez que se halla en tal trance: no estar el viernes al atardecer, en casa.

Sigue apurando, pues, a su caballejo, que corre a todo lo que da camino de Lanús. Cuando, después de una hora, llega a la calle Pavón, comienza a obscurecer. Un cuarto de hora más, y el hombre se detiene con las primeras luces frente a la forrajería de don Ramiro.

¿Qué hacer?: un devoto de verdad ya no puede continuar el viaje. El sábado ha comenzado.

Kópel Bénder no halla otro remedio que dejar el birloche en la cuadra de la forrajería y marcharse a pie hasta Villa Mauricio. Esto ya se le había ocurrido en el centro, cuando trataba de abrirse paso entre los numerosos coches y carros. Pero, para su desgracia, no lo puede poner en práctica, porque don Ramiro está fuera de la casa y su mujer nada sabe.

Como no halla otra salida, tiene que esperar durante dos horas. Aprovecha para mascullar las oraciones de la víspera de sábado. Al fin, convencido por un peón, recién llegado del almacén, de que don Ramiro no volverá tan pronto, le ruega a éste que vaya a gestionarle ante el patrón el permiso para dejar allí el birloche hasta el domingo.

El peón se muestra extrañado del proyecto del «ruso»; e incapaz de comprender que es por razones religiosas que el judío no puede volverse en su vehículo, se ofrece buenamente a llevarlo.

Este tiene que gastar no poca labia para convencerlo de la trascendencia del sábado, día de descanso absoluto, en que un israelita no puede ni encender un fósforo, ni siquiera romper un papel.

Aunque poco convencido, el peón sale para volver en seguida con la noticia de que don Ramiro no tiene inconveniente en que el «ruso» deje en su cuadra el birloche «si así le da la gana».

Y Kópel Bénder, después de agradecerlo, se encamina a pie hacia Villa Mauricio. Pero ya en la estación de Lanús, piensa que el féretro ha quedado en casa de un *goi* y se vuelve por él. Llevar un ataúd—recapacita—no es trabajo. Dios no puede ver mal eso.

Y solo en la noche, por el camino lleno de barro, el infeliz viudo, con el féretro a cuestas, parece un músico enloquecido que huyera del mundo con su violín.

* * *

En tanto, en la casa, extrañada de su retardo, doña Débora espera aún su regreso. Durante toda la tarde, la buena mujer estuvo ocupada en el arreglo de los cuartos. Con ayuda de otras vecinas retiró los muebles del dormitorio, para colocar, según la costumbre de los judíos, a la muertecita en el suelo, y tapó con sábanas el espejo del ropero en el comedor.

Yánquele también le dió buen trabajo, pues en todo el día no quiso probar bocado.

Esto último es precisamente lo que doña Débora está ahora pensando, satisfecha de que el chico haya sido al fin vencido por el sueño. Pero la verdad es que Yánquele la tiene engañada. Después de hacerse el dormido, se ha levantado para sentarse a una mesita donde está ahora escribiendo una carta al cielo...

En su imaginación de chico de once años, cabe perfectamente, la presunción de que Betci, que fué tan buena, pueda entregarla a la madre. Por eso le escribe con el candor de que sólo es capaz un niño que conoce la Biblia en el original:

«Mi querida mamita: Betci, que ha sido tan buena como vos, se murió anoche. Con ella, sin que lo sepa papá, pienso yo mandarte esta carta. Ruega a Dios que pronto nos reuna a todos en el cielo. Porque así, lejos de vos y de Betci, no sé cómo vamos a vivir papito y yo. Puede ser que él ya esté muerto, porque son las nueve del viernes por la noche y todavía no ha vuelto. Si no llegara a venir, yo me voy a envenenar con fósforos, porque...»

Pero, precisamente, después de estas palabras, el sueño y el miedo acaban por vencerlo. Y con los fósforos en el bolsillo, se duerme—la cabeza posada sobre el papel y el lapicero entre los dedos.

Así lo encuentra, hora y media más tarde, doña Débora, justamente cuando llega el padre todo salpicado de barro y rendido por la interminable caminata.

Presintiendo quién sabe qué desgracia, la mujer no puede reprimir un grito de angustia:

—Oi vei is mir! Una desgracia! El corazón me lo decía!

El hombre, así recibido, no alcanza a salir de su sorpresa.

—Qué, qué pasa?—exclama absorto.

—Nada... Yánquele...

—Yánquele?...

Y el pobre hombre, sin poder más, corre hacia donde está el chico.

—Yánquele! Yánquele!

Pero viendo que éste duerme junto a la mesita sobre la cual hay una hoja de papel y un tintero volcado, le entra de súbito un presentimiento horrible.—¿Otra desgracia?—se pregunta. Y trata de extraer el papel, sin despertar a Yánquele.

No lo consigue porque el codo del chico aprieta una punta de la hoja. Entonces, esforzándose, logra leer por sobre su cabecita. Cuando llega a la última línea, ya no puede retener un grito de dolor:

—¡*Gott!!!*...

Yánquele se despierta sobresaltado:

—Papá!

Y al verse descubierto, rompe a llorar.

Doña Débora, que no ha dejado de gemir ni un momento, repite entre sollozos su estribillo de judía fatalista:

—Oi vei is mir. ¡Una desgracia!... El corazón me lo decía...

Y el pobre viudo, entre tantas lágrimas, sin saber qué preguntar al chico, echado a sus pies para pedirle perdón, arguye, porque le viene a la boca, una cita bíblica. Luego, al levantarlo, viendo que se le desmaya en los brazos, siente otra vez la inquietud de su sospecha: ¿Yánquele ha tenido tiempo de envenenarse?

Desesperado de dolor, acuesta al chico en la cama, y ruega a doña Débora que le oprima los ojos y las sienes para que pueda recobrarse. En tanto él busca sobre la mesa algún indicio. Como no halla otra cosa que la carta, se vuelve con ella a la mujer:

—¿Los fósforos? ¿Dónde están los fósforos?...

Doña Débora levanta los brazos en señal de ignorancia.

—Yo los he dejado sobre la mesa—dice con la voz tomada.—Yánquele...

En ese momento, Yánquele se recobra:

—¡Agua!; ¡un poco de agua!

Y mientras doña Débora sale en busca del agua, el pobre viudo, vencido por sl sufrimiento, estruja nervioso la carta hasta que, reducida a un fleco, acaba por quemarla sobre la lámpara... Ya, completamente olvidado del sábado y del heroico sacrificio que hizo por cumplirlo, no obstante la muerte de Betci.

INDICE

INDICE

La levita gris 9
Una patada 23
La quinta sinfonía 35

Mate amargo 53
La princesa sabado 81
Don horacio quiroga, mi padre 93
La cruz 101

Amor y hambre 111
Vanidad de vanidades 135
La muerte de betci 145

LOS CUENTOS
DE ESTE LIBRO FUERON
PUBLICADOS EN SU PRIMERA FORMA
EN LAS PÁGINAS DE: LA NACIÓN, ATLÁNTIDA,
CARAS Y CARETAS, EL HOGAR Y MUNDO ARGENTINO
DE LOS AÑOS MCMXXI A MCMXXIV Y
REIMPRESOS EN LOS TALLERES GRÁFICOS
DE PORTER HNOS., EN JUNIO
DE MCMXXIV

B A B E L

BIBLIOTECA ARGENTINA DE BUENAS EDICIONES LITERARIAS
DIRECTOR: SAMUEL GLUSBERG

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CALLE IRIARTE 1664
BUENOS AIRES

OBRAS PUBLICADAS

SERIE A

VOLUMEN I

LAS HORAS DORADAS

POESIAS

POR

LEOPOLDO LUGONES

Precio $ 2.50

VOL. II

LA JOFAINA MARAVILLOSA

AGENDA CERVANTINA

POR

ALBERTO GERCHUNOFF

Precio $ 2.50

VOL. III

LA FIESTA DEL MUNDO

POEMAS Y CANCIONES

POR

ARTURO CAPDEVILA

Precio $ 2.

VOL. IV

F U G A C I D A D

NUEVOS POEMAS

POR

RAFAEL ALBERTO ARRIETA

Precio $ 2

VOL. V

ESTUDIOS HELENICOS

I LA FUNESTA HELENA
II UN PALADIN DE LA ILIADA

POR

LEOPOLDO LUGONES

Precio $ 2.

OBRAS PUBLICADAS

SERIE A

VOL. VI

LAS MAL CALLADAS

NOVELA

POR

BENITO LYNCH

Precio $ 2.

VOL. VII

EL ROMERO ALUCINADO

POESIAS

POR

E. GONZALEZ MARTINEZ

Precio $ 2.50

VOL. VIII

HISTORIA DE UN AMOR TURBIO

NOVELA

POR

HORACIO QUIROGA

NUEVA EDICIÓN CORREGIDA

Precio $ 2.

VOL. IX

LIBRO DEL GAY VIVIR

NUEVAS PÓESIAS

POR

LUIS L. FRANCO

Precio $ 2.50

VOL. X

LAS HERMANAS TUTELARES

SEMBLANZAS LITERARIAS

POR

RAFAEL ALBERTO ARRIETA

Precio $ 2.50

Original from

OBRAS PUBLICADAS

SERIE A

VOL. XI

ODAS SECULARES

POR

LEOPOLDO LUGONES

NUEVA EDICION CORREGIDA

Precio $ 2.50

VOL. XII

DE STENDHAL A GOURMONT

ESTUDIOS LITERARIOS

POR

R. SAENZ HAYES

Precio $ 3.

VOL. XIII

EL GRILLO

POESIAS

POR

CONRADO NALÉ ROXLO

PREMIO BABEL

Precio $ 2.

VOL. XIV

LOS EGOISTAS

Y OTROS CUENTOS

POR

GUILLERMO ESTRELLA

PREMIO BABEL

Precio $ 2.50

VOL. XV

EL JARDIN SECRETO

MOTIVOS POEMÁTICOS

POR

EVAR MENDEZ

Precio $ 2.

OBRAS PUBLICADAS

SERIE A

VOL. XVI

POEMAS MEDIOEVALES

POR

MANUEL LUGONES

Precio $ 2.—

VOL. XVII

CUENTOS PARA LOS POBRES

POR

MARIO BRAVO

Precio $ 2.—

VOL. XVIII

AGUA MANSA

POR

MARTIN GIL

Precio $ 2.—

VOL. XIX

EL DESIERTO

NUEVOS CUENTOS

POR

HORACIO QUIROGA

Precio $ 2.50

VOL. XX

FILOSOFÍCULA

POR

LEOPOLDO LUGONES

Precio $ 2.50

OBRAS PUBLICADAS

SERIE A

VOL. XXI

LA LEVITA GRIS

CUENTOS JUDIOS DE AMBIENTE PORTEÑO

POR

SAMUEL GLUSBERG

Precio $ 2

VOL. XXII

NUEVAS DEVOCIONES

EL CANTO A ROSARIO

POR

E. MENDEZ CALZADA

Precio 2

VOL. XXIII

DESDE LA PLATEA

NUEVAS CRITICAS NEGATIVAS

POR

NICOLAS CORONADO

Precio 2.50

PROXIMAMENTE OBRAS DE:

Leopoldo Lugones — Roberto J. Payró — Rafael Alberto Arrieta — Luis L. Franco— Alfonsina Storni— Mario Bravo — Enrique Banchs — Horacio Quiroga — Benito Lynch— Guillermo Estrella — H. A. Rega Molina — Arturo S. Mom, etc. etc.

B A B E L

SEGUNDO CONCURSO LITERARIO

1924

I.—Con el propósito de fomentar la producción literaria nacional y ayudar a los escritores inéditos, la Editorial BABEL inicia desde la fecha un segundo concurso de libros de poesía y prosa.

II.—Podrán presentarse al concurso solamente aquellos autores que todavía no han publicado libros.

III.—Los libros de poesía deberán contener por lo menos 40 composiciones; los de prosa (novela, cuentos o ensayos) un mínimo equivalente a 150 páginas impresas.

IV.—Los originales serán enviados antes del primero de septiembre de 1924, en cuadernos escritos a máquina, llevando en la portada el título del libro, nombre del autor y domicilio.

V.—Dos Comisiones especiales elegirán entre los libros presentados uno de versos y otro de prosa que serán publicados a costa de la Editorial BABEL, previo convenio con los autores.

VI.—La comisión encargada de elegir el libro de versos, será constituída por los poetas Leopoldo Lugones, Enrique Banchs y Fernández Moreno. La comisión encargada de elegir el libro de prosa, la formarán los escritores: Horacio Quiroga, Alberto Gerchunoff y Roberto Gache.

VII.—Los libros deberán ser remitidos a nombre del director de la Editorial BABEL, don Samuel Glusberg: Iriarte 1664, quien acusará recibo de todos los originales.